

SS

SERVICIO SECRETO

FALTA UN CADAVER

alar benet



BB

FALTA UN CADÁVER



ALAR BENET



FALTA UN CADAVER

Col. **SERVICIO**

SECRETO n.º 794

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 23.796-1965

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: octubre 1965

© ALAR BENET - 1965

sobre el texto literario

© MIGUEL GARCÍA - 1965

sobre la cubierta

© COSTA - 1965

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 5.286/65

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

908. —Desertor y ladrón.

En Colección COLORADO:

371. —Un hombre de hierro.

En Colección BRAVO OESTE:

190. —Caravana maldita.

En Colección CALIFORNIA:

427. —Tres letras de plata.

En Colección KANSAS:

334. —El hijo del enemigo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

788. —Muerte al traidor.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

79. —Doble juego en África.

En Colección BÚFALO:

583. —Viaje sin retorno.

En Colección METRALLA:

59. —Cinco días en el terror.

En Colección PUNTO ROJO:

172. —Puños de hierro.

CAPÍTULO PRIMERO

CON el cuerpo descansando sobre los talones y las rodillas y los dedos de los pies tocando el suelo, Seigo Hakano, despojándose de la túnica, quedó desnudo de tórax. Sus manos no temblaban y sus pupilas reflejaban una firme decisión. El *kaishaku*, o caballero ejecutor, arrodillándose ante Hakano, le ofreció el *wakizashi*, espada corta de afilada punta, que el japonés tomó con reverencia, colocándola en un almohadón de raso. Después, manifestó:

—Doy gracias a quienes me han permitido morir con honor. Fracagé en la misión que me fue confiada. Mi sacrificio sirva de ejemplo. Tú, Ogawa, comunica a nuestros jefes mi pesar.

Seigo calló. En la estancia reinaba un profundo silencio. El reo se inclinó hacia adelante y empuñó la daga con resolución, sosteniéndola a la altura del vientre. Iba a consumarse el *hara-kiri*. El *kaishaku* vigilaba al condenado, dispuesto a cortarle la cabeza al menor gesto de cobardía. Tranquilizado ante el semblante sereno de Hakano se situó a su lado, siguiendo la lenta trayectoria del arma blanca.

De pronto, el puñal cobró una vida insospechada. El que parecía decidido a ofrendar su existencia a un código caballeresco, se incorporó, hiriendo mortalmente a Ogawa en el cuello. Después se volvió hacia el otro hombre, que, asombrado, quiso defenderse. Seigo le clavó el cuchillo en el corazón.

Por un instante, el japonés contempló a sus dos víctimas con pesar. Murmuró:

—O ellos o yo.

Arrojó la corta espada junto a uno de los cadáveres y abandonó la estancia, llegando al cuarto de trabajo, del que tomó una cartera con documentos para pasar a sus habitaciones particulares. Estaba solo en la casa. Dos horas antes tuvo la precaución de alejar a los

criados.

Se despojó de la vestidura de las grandes ceremonias, poniéndose un traje de corte americano. Con la nueva ropa pareció adquirir más corpulencia.

Sin la menor muestra de nerviosismo, hábilmente, comenzó a maquillarse.

La transformación fue maravillosa. Donde hubo un rostro joven, lleno de energía y vitalidad, apareció el de un viejo arrugado, con gafas de concha y aspecto de profesor de universidad.

Satisfecho de su trabajo, y sin abandonar la cartera, se dirigió a un pequeño garaje contiguo a la casa, sacando dos latas de gasolina, que derramó en el oratorio y en el despacho.

Dudó unos segundos, con el fósforo encendido en la mano.

Se había acostumbrado al confort y tranquilidad de su domicilio. Arrojó la cerilla sobre el líquido inflamable, retrocediendo hasta la puerta posterior del chalet, que daba al campo.

Caminó deprisa durante varios minutos, deteniéndose. Vio cómo las llamas se alzaban al cielo, cual si quisieran apresar el crepúsculo.

Deseando hallarse en un lugar tranquilo, a fin de meditar y trazarse planes para el futuro, anduvo en dirección al templo de Sen-Gakudji, a seis kilómetros de Tokio.

Cuando llegó ya era de noche y el ambiente, cargado de poesía y misticismo, sobrecogió a Hakano, que se detuvo frente a las tumbas de Asano Naga-Nori y de sus cuarenta y siete guerreros.

Se arrodilló ante las sepulturas de los *samurais*. Siendo aquel sitio tan visitado, a nadie extrañaría su presencia. Muchas madres llevaban allí a sus hijos para hablarles de la patria y del emperador.

Seigo elevó su mirada al cielo. Con los ojos clavados en el infinito, se dejó llevar por los recuerdos de su vida pasada.

Evocó a sus padres, desterrados injustamente a Estados Unidos. Aún le parecía escuchar las palabras de aquella a la que debía el ser...

«—Caímos en desgracia por no avenirnos a los torpes manejos de uno de los consejeros de la corte. Llegamos a América sin dinero y sin honor. Tu padre siguió viviendo, con el alma muerta,

pensando en nosotros. Naciste en Nueva York. Trabajamos de intérpretes y traductores en una importante casa editorial. Cuando ahorramos unos miles de dólares y se consolidó», mi empleo, él murió como los nobles, practicándose el *seppuku*[1]. Yo le ayudé.»

Seigo Hakano pasó los siete primeros años de su existencia en el municipio de Brooklyn. Su madre, aunque se esforzaba en inculcarle los sentimientos del amor y fidelidad a su emperador, observaba con angustia que en el muchacho iba creciendo el odio hacia quienes les condenaron a la miseria.

En su domicilio no se hablaba más que el japonés; pero apenas Hakano salía a la calle, conversaba en inglés con chiquillos de su edad, que no reparaban en el color de su piel.

—Tú eres un *samurai* —le decía su madre—. Un *gishi* que debe rendir culto al triple lema de *Chin, Jin, Yu*[2]. No debes mezclarte con esos arrapiezos. Quizá algún día podamos volver al Japón y ocupar el puesto que nos pertenece.

Los consejos no hacían mella en el ánimo del niño, que admiraba al joven país que les acogió sin recelos. A los doce años se había convertido en un americano cien por cien, aunque en su casa, por evitar disgustos, continuaba observando las tradiciones japonesas. No obstante, eran frecuentes los reproches.

Ya en la universidad adquirió profundos conocimientos históricos. En la clase de idiomas el profesor le citaba a menudo, admirándose de su capacidad para el estudio.

Seigo Hakano amaba a Estados Unidos. Aun honrando la memoria de su padre, lamentó que este hubiera recibido tan lamentable educación. El suicidio era denigrante.

Así se lo manifestó al catedrático de Derecho, Douglas Fiske, explicándole los motivos. El hombre le escuchó en silencio, con una sonrisa paternal, y dijo:

—Durante el año que llevas asistiendo a mi clase, he estudiado tu carácter y sé que eres sincero. Lo que voy a decirte es de una gravedad extrema. Ven a mi casa. Merendaremos juntos.

Como dos buenos amigos, montaron en el coche del profesor. Una vez en su domicilio, mientras comían, Douglas Fiske comenzó:

—No voy a hablarte en nombre de ninguna nación, sino de la Humanidad. Óyeme sin interrumpirme. Los Servicios de Información de Estados Unidos no ignoran las ambiciones de los

asiáticos. Ansían dominar el mundo. Se saben fuertes y me temo que, en un futuro, Oriente desencadene una guerra agresora contra Occidente. Si triunfaran, implantarían todo lo que desprecias, por lo que tiene de fanatismo y de barbarie. Perdóname si te molesto.

—Siga. Se lo ruego.

—Por tu madre conoces las costumbres del Japón, admirables si las inspira un sentimiento de caballerosidad, de hidalguía. Por desgracia, el caso de vuestro destierro no es único. La intriga y el dinero rodean a los poderosos, cegando sus ojos a la verdad. La auténtica nobleza va desapareciendo para dejar paso a la ambición. Contéstate a una pregunta con sinceridad, sin que sea preciso que lo hagas en voz alta. ¿Qué sería de este país bajo el fanatismo asiático? ¿Cómo iban a conseguir que un ciudadano libre inclinara su frente hasta tocar el polvo al paso del descendiente de Amaterasu o dios del Sol? ¿Has llegado a comparar a las mujeres americanas, inglesas o francesas con las japonesas? No digo que sean mejores ni peores. La enorme diferencia racial las hace incompatibles. El mundo espera una lenta evolución de Asia, pero nos tememos que una nueva guerra la haga imposible.

Calló Douglas Fiske, mientras encendía un cigarrillo... Pese a sus veintiún años, Seigo Hakano reflexionaba profundamente, presintiendo que de aquellas palabras dependía su porvenir. De la calle llegaba el sonido de los cláxones de los automóviles, y a través de la ventana veía parpadear el anuncio luminoso de la «American Gown Company». La voz del profesor de Derecho le sacó de su abstracción.

—No quisiera dar un paso equivocado. Has manifestado que amas más a Occidente que a Oriente. Eres americano. En caso de un nuevo conflicto te obligaríamos a luchar con nosotros. Naciste amparado en las barras y estrellas de nuestra bandera. ¿Hasta qué punto puedo contar con tu lealtad a tu verdadera patria?

—Me injuria dudándolo, señor Fiske.

—No me sorprende la respuesta, muchacho. Tú sí te asombrarás cuando te diga que en las altas esferas de la nación se ha barajado tu nombre como el del único que podrá evitar que millones de hogares conozcan el horror de una guerra. Los Estados Unidos te necesitan en el puesto de más peligro y responsabilidad...

Seigo Hakano, junto a la tumba del señor del clan de En-ya y de

sus *samurais*, se complacía en recordar los menores detalles de su entrevista con Douglas Fiske, mientras la luna besaba el templo de Sen-Gakudji y allá, a lo lejos, la ciudad de Tokio brillaba en la noche como una gigantesca luciérnaga. Le pareció oír la voz del profesor de Derecho...

—El peor de todos nuestros Servicios de Información es el japonés, por la dificultad del idioma y de las costumbres. Necesitamos un jefe capaz de, en un momento dado, organizar un perfecto espionaje. Piensa en tu padre, muerto por unos principios, para él sagrados, que vas a combatir; en tu madre ayudándole al suicidio; en que, si bien naciste entre nosotros, te engendraron en el Imperio del Sol Naciente... Medita que si vuelves allá es posible que ocupes el lugar que por tu apellido te corresponde. Aunque eres joven, por tu educación, por tu vida y, sobre todo, por tu inteligencia, te consideramos capaz de cumplir la palabra empeñada. Es hermoso morir derribado por las balas enemigas con el avión o la lancha torpedera. Terriblemente amargo perecer sin honra, como un espía...

—No le entiendo, señor Fiske. Antes, al hablar de Asia, creí que se refería más concretamente a la U.R.S.S., y a la China comunista, y que mencionaba al Japón a vía de ejemplo, pensando en hacerse comprender mejor. En mi patria se acabaron las viejas y caducas tradiciones desde que Mac Arthur visitó al emperador al acabar la Guerra Mundial.

—El viejo Japón perdura, Hakano. Está resurgiendo otra vez de sus cenizas, como el ave Fénix, pese a todos nuestros esfuerzos. Los agentes del Servicio Secreto Americano son conocidos, evitados y alguna vez muertos, en nombre de una misteriosa sociedad a la que se conoce con el nombre de «Agrupación de Tengu». ¿Sabes lo que significa?

—Sí —respondió Seigo, sin vacilar—. Tengu representa a un monstruo con pluma y nariz humana.

—Exacto. Tememos que se inicie un movimiento político que haga imposible la buena amistad entre los dos pueblos. Necesitamos hacernos amar del Japón, o, por lo menos, que no se nos odie. La tuya, caso de aceptar, sería una labor de paz, nunca de guerra. No necesito decirte que la muerte tal vez fuera el precio a tu trabajo.

—Acepto. Acaba de exponer la idea más convincente. No lucharé contra la nación de mis padres, sino por ella, para evitar un nuevo y definitivo desastre.

—¡Bravo, Hakano! Ese es el sentir de Estados Unidos. Te pondré en antecedentes. Irás a Tokio y residirás allí sin contacto con nuestros hombres hasta que cese la vigilancia que despierte tu llegada. Después, alguien te enviará instrucciones. Dentro de un mes ingresarás en el Servicio Secreto[3]. Déjame que estreche tu mano. Vas a trabajar por la buena inteligencia de dos pueblos, tal vez del mundo.

—¿Puede darme algún dato de interés?

—Sí. Tememos que agentes asiáticos, con miras personales, pretendan enfrentar a nuestras naciones. No hay pruebas, aunque nos sobran elementos de juicio para sospecharlo.

—¿China y Rusia?

—Es posible. En definitiva, la respuesta habrás de dárnosla tú...

Durante más de seis meses, Seigo Hakano recibió enseñanzas en la Academia de Espionaje del Servicio Secreto norteamericano, especializándose en el manejo de máquinas microfotográficas, interpretación de claves, uso de armas, huellas dactilares, química y prácticas policiales. No le fue difícil asimilar tales instrucciones, debido a sus estudios superiores. Al disponerse a regresar con su madre al solar de sus mayores, ella murió de un ataque cardíaco.

Al verse aprisionado por una angustiada soledad, suplicó a su jefe inmediato, Douglas Fiske, que activara los trámites. Necesitaba trabajar intensamente para alejar la angustia de su corazón...

Llevaba varios años residiendo en Tokio, luchando por infiltrarse en la «Agrupación de Tengu». Por fin lo había conseguido; pero en su primera misión de prueba, el asesinato del agregado militar de Estados Unidos, fracasó deliberadamente y Ogawa le llevó la sentencia de muerte...

Seigo Hakano se incorporó, decidido a no dejarse vencer por la adversidad. En las altas esferas se comentaría su muerte. Para la ejecución del *hara-kiri* no es preciso más que un testigo, que hace de *kaishaku*. Al encontrar los esqueletos de dos hombres y desaparecer él de la ciudad, sus amigos y enemigos supondrían que pereció en el incendio.

Se puso en pie, y procurando distraer su imaginación, caminó

hasta las inmediaciones de la Estación de Shimbashi, donde montó en un automóvil de alquiler, ordenando al chófer, en perfecto inglés:

—A Fukagawa. Le diré dónde ha de parar.

En el distrito más populoso de la ciudad descendió del taxi y, luego de consultar su reloj de pulsera, penetró en una taberna de sórdido aspecto.

Un camarero, con marcado acento francés, salió a recibirle:

—¿Qué desea?

—Un sitio tranquilo y un whisky doble.

—Le conduciré a uno de nuestros reservados.

Seigo, satisfecho de no haber sido identificado, murmuró, sin volver la cara, mientras ascendían por una carcomida escalera:

—Servicio Secreto.

Las dos palabras conmovieron al que le acompañaba, que no respondió. Una vez dentro de un reservado, inquirió:

—¿Órdenes?

—Sí. Hay que hacer llegar mi cartera a la Embajada. Ocúpese de ello, Thiers.

—¿Con quién hablo?

—Con quien puede mandarle. Súbame una pipa de opio.

Apoderándose de los documentos que le entregaba el agente, salió el dueño de la taberna, tardando más de quince minutos en volver. Hakano encendió un cigarrillo, mirando el diván del fondo y la mesita lateral. Allí estaba el olvido de su fracaso.

Se puso en pie, paseando nervioso. Thiers le interrumpió con un vaso de licor y una larga pipa en cuya pequeña cazoleta había una bola de color oscuro. Sin una palabra, el hombre abandonó la habitación y Seigo dio una vuelta a la llave, guardándosela en uno de los bolsillos. Después, de un trago, apuró el whisky, quitándose las gafas, que para nada le servían.

Se tendió en el diván, ambicionando embrutecerse con la droga; pero algo se alzó en su alma, llamándole cobarde. ¡Era la primera vez que recurría a los estupefacientes para insensibilizarse! Siempre despreció a los que buscaban paraísos artificiales.

Dudó, con el fósforo encendido. Una voz femenina, la de la mujer a la que más amaba en el mundo, su prometida, pareció

gritarle:

«— ¡No, no!»

Sin embargo, jera tan grato no pensar! La llama de la cerilla le abrasó la punta de los dedos, volviéndole a la realidad. Rompió en dos la pipa para no ser vencido por la tentación y, apagando la luz, se acostó.

Por los cristales de la ventana penetraba la luz pálida de las estrellas.

Transcurrió una hora larga sin que el sueño acudiera a consolarle. De pronto, un ruido en la cerradura le sobresaltó. Alguien trataba de abrir la puerta. El valeroso agente sonrió. Sin duda, le creían sumido en el sueño del opio. ¿Cómo lograron descubrir su verdadera personalidad? Estaban utilizando una ganzúa.

Con los músculos en tensión, dispuesto a saltar sobre sus ignorados agresores, vio cómo la hoja de madera giraba despacio, dejando paso a dos hombres. Uno de ellos llevaba una pequeña linterna encendida. A un opiómano sumido en la inconsciencia es difícil despertarle.

Cerraron tras sí, cuchicheando. Luego, sin apenas moverse, enfocaron la luz a los distintos rincones de la habitación, sin hallar lo que buscaban.

—La tendrá junto a él. Tal vez debajo de la colchoneta...

Se acercaron al supuesto durmiente. Uno de ellos llevaba un puñal en la mano, dispuesto a descargar un golpe mortal.

Seigo les vio aproximarse y cuando les tuvo a escasa distancia, saltó como impulsado por una catapulta sobre el individuo armado, agarrándole la muñeca y volteándole en una perfecta llave de lucha grecorromana. El otro sujeto se echó sobre él, apresándole por la cintura. Hakano, en un giro increíble, consiguió desasirse y su mano derecha golpeó de canto el cuello de su adversario, que se desplomó, privado de conocimiento. Entonces se alegró de las palizas recibidas en los duros años de aprendizaje del jiu-jitsu.

Dio la luz, extrañado de la inmovilidad del que quiso apuñalarle. Al caer se había golpeado la cabeza contra una de las paredes, perdiendo el sentido.

Registró a sus enemigos, sin encontrar ningún dato de interés

entre sus papeles. Eran europeos. Los cuchillos y pistolas automáticas de que les despojó probaban que eran profesionales de la delincuencia. Solo restaba saber quién los dirigía.

Tiró las armas a uno de los rincones, y empuñando su «Browning» aguardó con paciencia a que volvieran en sí. Estaba seguro de que la breve lucha no había llamado la atención de nadie.

Apenas transcurridos cinco minutos, uno de los hombres se llevó las manos a la cabeza, con gesto de dolor. Seigo le cogió por las solapas de la americana, alzándolo hasta la altura de su rostro:

—¿Quién es vuestro jefe? ¡Contesta!

Los ojos del agente del Servicio Secreto se clavaban en los del atemorizado individuo, como carbones encendidos. Gimió:

—Nadie.

—¡Mientes!

—Le vimos entrar con la cartera e ideamos robarle. ¡No nos denuncie, señor! Éramos marineros de un buque de guerra inglés y decidimos desertar, luego de apoderarnos del dinero que había a bordo. Estamos en Tokio sin documentación. Lo perdimos todo en el juego.

Parecía sincero al hablar así. No obstante, Seigo Hakano quiso probarle.

—¡Es muy bonita la historia! Tienes dos minutos para decirme la verdad. Si lo haces, te dejaré libre. Si no, te entregaré a las autoridades, luego de machacarte la cara.

Su interlocutor palideció. Por sus sienes corrían gruesas gotas de sudor.

—Interrogue a mi compañero y haga de nosotros lo que quiera.

Seigo vaciló unos segundos. Dijo:

—Márchate y llévate a ese. Tardará más de una hora en recobrar el sentido.

No se hizo repetir la orden. Cargándose al hombro a su cómplice, el que dijo ser un desertor de la Marina inglesa, desapareció, murmurando:

—Gracias.

Una vez solo, Hakano, incapaz de conciliar el sueño, se tendió de nuevo en la tumbona, esforzándose en hallar un nuevo plan de

ataque. En la intimidad, desprovisto de la máscara oriental, Seigo se comportaba como un occidental, reflejándose en su rostro la contrariedad o la alegría.

Consumió varios cigarrillos y, al fin, sus ojos brillaron de gozo.

Perfiló hasta los menores detalles lo que acababa de ocurrírsele, y lentamente se fue quedando dormido. En la mesilla, la pipa partida en dos evidenciaba el triunfo de una voluntad de hierro...

CAPÍTULO II

EN el despacho del jefe de la Sección de Extranjero de la Embajada de Estados Unidos, Douglas Fiske, paseándose nervioso, dijo a Seigo Hakano:

—No, no le autorizo. Es usted un auxiliar demasiado valioso para permitir que le asesinen.

—Pero...

—¡No insista! Sé positivamente que el coronel Forrest encontrará la muerte apenas ponga pie en Tokio. Además de la «Agrupación de Tengu», le esperan los grupos de choque de los servicios de espionaje de todo el mundo, principalmente de China y Rusia. Él ha sido uno de los que más han trabajado en el perfeccionamiento de las armas atómicas. Su conocimiento de los temas orientales movieron al Gobierno de Washington a designarle para la definitiva firma del tratado que garantizará para el futuro las buenas relaciones entre los dos países.

—No ignoro los detalles. Mi vida carece de valor. Estoy muerto, Douglas —bromeó Hakano—. El coronel Forrest es también japonés de sangre, aunque él no ha salido jamás de América, entregado a sus investigaciones. Nadie sospecharía la suplantación. Es la única forma de establecer un contacto directo con nuestros enemigos. Si no es así, tendremos que volver a empezar y caerán muchos hombres por salvar a uno solo, que no le tiene mucho apego a la existencia. Desengáñese, Douglas. No hay otra solución. Seigo Hakano ha fallecido y usted va a presidir por la tarde su entierro. Mi influencia en Tokio ha terminado.

El inspector del Servicio Secreto aplastó el cigarrillo en el cenicero de mármol de la mesa de trabajo. Reconocía que su interlocutor estaba en lo cierto.

—No quiero que le maten.

—No lo harán. Tan seguro estoy de que acabará accediendo a mis propósitos, que me he caracterizado delante de un retrato del coronel y he telefoneado desde el vestíbulo al Kokumin Shimbun[4]. Si me lo permite, iré al traslado de los restos del infortunado Hakano. Asimismo, le ruego se ocupe de solicitar una entrevista al emperador. Deseo complimentarle.

Douglas Fiske no pudo contener una sonrisa.

—Es una jugada muy peligrosa, Seigo.

—Sí, pero necesaria. Usted y yo lo sabemos. ¿Despidió a los sospechosos de la Embajada?

—No. Ya sé lo que pretende. Me pondré, delante de ellos, en comunicación con el Palacio Imperial. Veo que tiene grandes deseos de ser enterrado. ¿Qué se le ocurre ahora?

—Necesito documentación a nombre del coronel Forrest y el correspondiente pasaporte.

La respuesta del inspector desconcertó unos segundos al audaz agente.

—Lo tenía previsto, Seigo. Quise tranquilizar mi conciencia y medir su entusiasmo. Coincidimos en que es el único camino a seguir. ¿Una copa?

—Las que quiera. Da gusto trabajar con usted.

—Comeremos juntos, sin salir del despacho. Mandaré que le traigan la Prensa. Su árbol genealógico es pródigo en *hara-kiri*. El hallazgo de la daga y la espada le han introducido a usted entre los inmortales, aunque se ignora qué le movió a suicidarse.

—Muy curioso. ¿Envío Thiers los papeles que le entregué?

—Todavía no. Es usted muy listo, Hakano. Ni aun en los trances de peligro pierde la serenidad. Voy a telefonar al secretario del emperador. Vuelvo enseguida. El Departamento está informado.

Quedó solo el agente del Servicio Secreto y en su semblante apareció el signo de una honda preocupación. Imaginaba a su prometida, Nagako Kuni, presa del más vivo dolor. ¡Qué amargo resultaba a veces el cumplimiento del deber!

Le sacó de sus meditaciones el regreso de Douglas Fiske.

—Hecho.

—Una pregunta, inspector. ¿Cómo me arreglaron tan pronto la documentación a nombre del coronel Forrest? ¿Es que no creyó en

mi muerte?

—Sí, hasta verle. Cuando me disculpé unos minutos, saliendo del despacho, fui a dar las órdenes oportunas. Hacía muchas semanas que esa idea rondaba por mi cabeza. Me faltaba el nombre. Sencillo, ¿verdad?

—Magnífico. Charlemos, si le parece, de cosas no desagradables. Por ejemplo, de América.

En amigable conversación pasaron las horas, Fiske, consultando su reloj de pulsera, advirtió:

—Quedan treinta minutos para su entierro. ¿Aún no ha visitado la capilla ardiente?

—No.

—Es un muerto poco respetuoso. Adoptemos cara de circunstancias. Usted es el coronel Forrest y yo un miembro de la Embajada a sus órdenes. ¿Vamos?

Descendieron por la ancha y alfombrada escalera, desembocando en el vestíbulo, desde el que pasaron a un despacho en el que se hallaba un ataúd sobre una gruesa alfombra. Dos japoneses se inclinaron respetuosos al verles entrar. Hakano preguntó:

—¿Nacido en América?

—Sí. De padres japoneses. De una noble familia. Una gran pérdida. Era profesor de inglés en la Universidad Imperial de Tokio. Le continuaré mostrando las distintas dependencias —se volvió por vez primera hacia los orientales—. ¿Familiares?

—No. Amigos.

En el amplio jardín, Seigo comentó en voz baja:

—No los he visto en mi vida. Sin duda aprovechan esta oportunidad para penetrar en la Embajada. ¿Qué piensa hacer?

—Detenerles. Aún disponemos de veinte minutos. Ordenaré a Fralinger que se ocupe de ello.

Desde la caseta del guardia de noche, Douglas Fiske dio instrucciones telefónicas.

—¿Vamos? —interrogó Hakano.

—Sí, pero muy despacio, cubriendo la puerta.

Llegaron a la gran verja y, en actitud distraída, miraron al exterior.

Seigo crispó sus dedos en torno al brazo de Fiske, que le contempló, asombrado. El rostro del falso coronel Forrest expresaba angustia viendo cómo se acercaba una linda mujercita, de pies pequeños y andar ondulante, como si danzara. Vestida de blanco, su cara, de tez más fina que la porcelana del Imperio, reflejaba tristeza.

Llegó a su altura y, sin mirarles, se dispuso a penetrar en el edificio diplomático, en el preciso momento que sonaba un disparo. Hakano, intuyendo el peligro, de un salto, se acercó a su prometida, arrastrándola tras unos setos. Lo hizo a tiempo. Por el jardín, disparando y con la esperanza de la huida, se acercaba uno de los japoneses. Al ver a Douglas, se detuvo. Luego oprimió por dos veces el revólver. El inspector se había dejado caer segundos antes, librándose de la muerte. Luego esgrimió una imponente «German Luger» de fabricación alemana, haciendo fuego una sola vez. Con un grito de dolor el individuo cayó.

Nagako Kuni pretendió ponerse en pie, pero Seigo se lo impidió, con voz ronca. Temía que fuese una treta del oriental, inmóvil en medio del camino. Le extrañaba que Douglas Fiske hubiese tirado a matar.

Procurando en todo tiempo dar la espalda a la joven, con la «Browning» firmemente empuñada, se acercó cauteloso al japonés. Llegó a su lado casi al mismo tiempo que el inspector.

—¿Muerto?

—Sí —respondió el aludido—. Estos «tipos» poseen una movilidad extraordinaria. Le apunté al hombro y recibió la bala en el corazón. ¡Cuidado!

Seigo comprendió la advertencia de Fiske. A su espalda, Nagako Kuni expresó su reconocimiento con unas palabras corteses:

—Gracias, señor. Me salvó de un peligro.

Sin volverse, Hakano replicó, disimulando el tono de voz:

—¿Tanto estima la vida, señorita?

—Me estorba. No obstante le repito mi gratitud.

Sin aguardar respuesta, siguió hasta la cámara mortuoria. Seigo la miró emocionado. La muchacha llevaba un traje de hilo blanco, que se ajustaba a su cuerpo escultural. Douglas, queriendo distraerle, dijo:

—Ese es el más grande inconveniente de estar muerto, Hakano. Ayúdeme a quitar el cuerpo de aquí. Me agradecerá saber qué ha sido de Fralinger.

Escondieron el cadáver tras unos matojos, llegando al amplio hall. Un hombre les salió al paso:

—Señor Fiske, le aguardan en ese despacho.

Fralinger les vio entrar, restañándose la sangre de un rasguño en la frente. Malhumorado, comentó:

—Tuve que matar a uno y perdí el conocimiento. El otro huyó. ¡Lástima no haberle capturado vivo! Eran gente decidida. Sin duda, elementos de la «Agrupación de Tengu». Está detrás de ese biombo. No lleva documentación.

—A su compañero le liquidé yo, también a mi pesar. Ocúpese de él, Winslow. No tardarán en llegar los estudiantes. Se acerca la hora.

El que les avisara salió de la estancia, sin replicar. El herido miró a su jefe con una muda interrogación:

—Perdone —se disculpó el inspector—. Olvidé presentarles. El coronel Forrest, recién llegado de Washington. Paul Fralinger, uno de nuestros más bravos hombres.

El agente del Servicio Secreto sonrió al estrechar la mano de Seigo.

—No le extrañe su gesto burlón. Es el jefe de la oficina de falsificaciones. Únicamente él está enterado de que usted no es un jefe militar, sino un nuevo compañero. Era amigo de Hakano, del que vamos a enterrar ahora.

—Ya —replicó Seigo.

—¡Daría algo por apresar a sus asesinos! No dudo que fue obligado a abrirse el vientre. Él era un hombre culto.

El falso coronel Forrest necesitó de todo su aplomo y serenidad para no romper en una carcajada, estrechando entre sus brazos a su fiel amigo. Fralinger, que no cesaba de observarle, comentó:

—Me es familiar su cara. Le encuentro parecido con no sé quién.

—Ya resolverá esa incógnita. Ahora vamos a reunirnos con el embajador. Asistirá a la ceremonia. ¿Puede acompañarnos?

—Desde luego. Me pondré un «parche» en la frente. Me reúno

enseguida con ustedes.

Una vez solos, el inspector estrechó la diestra de Hakano:

—Enhorabuena. Sigo pensando que es el mejor de nuestros hombres. Si Paul no le ha reconocido no habrá nadie capaz de hacerlo.

Salieron al vestíbulo, en el que charlaban grupos de jóvenes de uno y otro sexo, a los que Seigo reconoció como alumnos suyos en la cátedra de inglés de la Universidad Imperial. Vio a Aisaburo Abiyama y a varios profesores más que conversaban con el agregado militar de Estados Unidos. Hakano fue presentado a sus antiguos compañeros, a quienes saludó con una extraña rigidez, como si no se encontrara a gusto fuera del uniforme y enfundado en el traje de corte europeo. Llegó también una representación de las Embajadas inglesa y francesa y los cónsules y agregados culturales de casi todos los países. Seigo estaba considerado como una personalidad en Tokio, no solo por su cargo, sino por su ilustre apellido. Había también numerosos japoneses y el subsecretario de Economía, en representación del emperador, el cual manifestó su pésame en expresivas palabras, mezcladas con grandes reverencias.

Al fin, el cortejo se puso en marcha en dirección al cementerio de extranjeros, situado en la parte este de la ciudad. Detrás de la carroza fúnebre, propiedad de la Embajada, iban las autoridades, entre las que se contaban Hakano y Fiske. El primero murmuró:

—Da gusto morir, para enterarse de lo importante que se es.

—No lo dudo, pero también influye mucho la presencia del coronel Forrest. Me pregunto si algún servicio de espionaje dejará de estar representado aquí.

Internáronse por varias callejas, en las que predominaban las casas de un solo piso construidas con materiales ligeros. Desde el gran terremoto de 1923, los habitantes de Tokio preferían los edificios sencillos, algunos de ellos primorosos chalets.

Hakano sentía una honda angustia en el corazón. Por un momento pensó si no enterraban para siempre su amor. ¿Le comprendería su novia, si alguna vez le revelaba la verdad de la farsa?

Se volvió por dos veces, distinguiéndola a unos cinco pasos a su izquierda, al lado de Abiyama, el profesor de la Universidad Imperial donde ella había cursado brillantemente sus estudios. Le

pareció que conversaban y su corazón se llenó de celos y de cólera. Aisaburo aún no había cumplido los cuarenta y cinco años y siempre anduvo detrás de Nagako Kuni.

Sintió que le tiraban de la manga. Era Douglas Fiske. Al girar el rostro, vio la cara sonriente de Fralinger y creyó percibir en sus ojos una chispa de malicia.

Los acompañantes del cadáver charlaban en diversos idiomas, y diez minutos más tarde llegaban a las puertas del cementerio, en donde había una estatua de piedra que Seigo reconoció como la de Jizo, el patrón de los viajeros y los niños, que, debido a su extraordinaria popularidad, se encuentra en casi todos los caminos del Japón.

Hubo breves discursos, elogiando la personalidad del finado, que experimentó deseos de dar las gracias en voz alta. Se contuvo, con la risa brillándole en las pupilas, y fue el embajador quien, en unas sencillas palabras, manifestó su condolencia, agradeciendo «el caritativo acto de acompañarle en tan triste día». Aprovechó para exaltar la unión inquebrantable del Japón y Estados Unidos, haciendo una bella frase:

—Fue engendrado en este país maravilloso, entre el aroma de los cerezos en flor y la música melodiosa de las *wibas*^[5], en un pueblo lleno de tradiciones, de limpia historia y heroicos guerreros, para nacer en la nación más joven y fuerte del mundo: América. Que la vida y la muerte de Hakano sean un lazo indestructible entre dos razas y dos civilizaciones.

Salieron del cementerio, dirigiéndose a los coches que habían seguido el fúnebre cortejo. Y entonces sucedió lo increíble, por lo que el acto tenía de audaz y desesperado.

Dos automóviles, que estaban parados a ambos lados del cementerio, pusieron en marcha, mientras diez asiáticos, empuñando pistolas, conminaban a todos a levantar los brazos.

Hubo un segundo de indecisión, que bastó para que los vehículos se situaran entre Hakano y Fiske, separándoles del resto de la gente. Douglas fue a empuñar su inseparable «German Luger», pero Seigo se lo impidió, sujetándole el brazo:

—Es un suicidio.

Tres japoneses se acercaron al coronel Forrest y uno de ellos le golpeó en la cabeza con la culata de un revólver, haciéndole caer

desvanecido.

Luego, con rapidez, le introdujeron en un coche, que desapareció velozmente, mientras desde el otro automóvil amenazaban a la multitud con metralletas. Los atacantes de a pie retrocedieron, sin dejar de apuntar al grupo de hombres y mujeres, desapareciendo detrás de una de las altas paredes del cementerio. Se oyó el ruido de otros vehículos al alejarse.

La operación, rápida e inesperada, apenas si duró dos minutos.

Douglas Fiske y Fralinger montaron en un pequeño «Ford», poniéndole en marcha, mientras el representante del Gobierno de Hiro-Hito se acercaba a dar excusas al embajador.

—Ahí está el segundo coche —masculó el inspector del Servicio Secreto, aferrado al volante.

—Aunque les cacemos, será tiempo perdido. Forrest va en el primer automóvil, que habrá tomado otra dirección. Son fanáticos que mueren antes que traicionar la causa que defienden.

Cruzaron parques y jardines, acercándose a la zona donde, rodeado de canales, se alza el Palacio Imperial, maravillosa obra de los artífices japoneses.

Al doblar una esquina perdieron la pista del vehículo que perseguían.

—Es inútil —comentó Paul Fralinger—, habrá de valérselas por sí solo. Me temo un trágico desenlace. Debimos tomar más precauciones.

—No. Él deseaba esto. Es la única manera de ponerse en contacto con nuestros enemigos. Espera que le lleven a presencia del jefe supremo...

Regresaron a la residencia diplomática. Uno de los secretarios les dijo:

—El señor Humphrey desea verles con urgencia.

En un despacho del primer piso un individuo de unos cincuenta años y rostro enérgico, les habló:

—Siéntense. Hace diez minutos hemos recibido un aviso telefónico en el sentido de que durante veinticuatro horas no temiéramos por la vida del coronel Forrest, a no ser que lanzáramos en su busca a la policía del país. Se nos da ese plazo para que entreguemos a los dos japoneses muertos. Me extraña tal

proposición. ¿Están seguros de haberles registrado bien?

—Lo volveremos a hacer. Ahora somos con usted.

Entraron en una habitación, custodiada por un soldado americano, y procedieron a desnudar a los cadáveres, examinando los tejidos de las vestiduras sin hallar nada que les moviera a una sospecha.

Fralinger, que había salido unos minutos, volvió con una cámara fotográfica, retratando a los muertos. Sugirió:

—Tal vez teman que les identifiquemos.

Ascendieron de nuevo al cuarto de trabajo de Humphrey, que, muy excitado, colgaba el teléfono.

—No hay nada —explicó Douglas Fiske.

—Sí que hay. Me acaban de llamar, diciéndome que dentro de media hora vendrá un hombre por esos cuerpos. Si no los entregamos, morirá Forrest. ¿Qué hacer?

El inspector, tras meditar unos segundos, comenzó a hablar. Paul Fralinger y Humphrey le escuchaban con atención...

CAPÍTULO III

SEIGO HAKANO despertó con un formidable dolor de cabeza. Temeroso de que la sangre le hubiese deshecho el maquillaje, se llevó las manos a las mejillas, comprobando que estaban secas. Sus dedos acariciaron la nuca.

Tranquilizado por el mantenimiento de su doble personalidad, observó que se hallaba en un subterráneo. Una leve claridad entraba por un alto ventanillo, casi en el techo, que daba, sin duda, al patio de la casa donde le tenían recluido.

Consultó su cronómetro. Marcaba las siete. ¿De la tarde o de la mañana? Ignoraba las horas que permaneció inconsciente.

Se extrañó que no le hubiesen maniatado, limitándose sus agresores a quitarle la pistola y cuantos papeles llevaba en el bolsillo. Fue hasta la puerta de la prisión, comprobando que era de gruesa madera. Imposible huir. Además, la fuga no entraba todavía en sus planes.

Con alegría, comprobó que no le privaron de los cigarrillos ni de los fósforos. Sentándose en un rincón, fumó, evocando mentalmente los últimos sucesos. Hubo de reconocer que le habían capturado en un alarde de inteligencia y de valor. ¿Se trataba de la «Agrupación de Tengu» o de los miembros de algún Servicio Secreto ajeno al país? Llegó a la conclusión de que los raptos pertenecían al primer grupo, pues no vio ni a un solo europeo entre sus atacantes.

Transcurrió una hora, sin que el menor incidente viniera a turbar la paz de Hakano, el cual, para hacer menos ingrata la espera, evocó la esbelta figura de Nagako Kuni, sintiendo en su alma un leve desasosiego. ¿Volvería a verla?

A través de sus años en el Japón, aprendió a valorar el arrojo de sus enemigos, que no le dejarían escapar con vida de sus manos. Su

única esperanza estribaba en que, por su falsa personalidad, le creyeran poseedor de importantes secretos políticos y militares.

Pronto el calabozo quedó a oscuras, iluminado por la brasa del cigarrillo que rasgaba las sombras en un mudo mensaje de vivencia. Seigo comprendió que solo había permanecido dos horas inconsciente.

Oyó pasos y se dispuso a afrontar la realidad. Se hizo la luz en el subterráneo. Sin duda, la encendieron desde fuera. Aunque pobre, por el poco voltaje de la bombilla, el agente del Servicio Secreto respiró aliviado. Volviéndose de espaldas a la puerta, utilizó la pitillera a modo de espejo y vio que, en efecto, su caracterización continuaba siendo admirable.

Paseó para estirar las entumecidas piernas. Le irritaba que sus enemigos no comparecieran ya.

Aún fue preciso que pasaran tres horas largas para que la puerta de la celda se abriese. Dos japoneses le ordenaron:

—Salga.

Había otros hombres en la escalera. Las precauciones eran extraordinarias.

En silencio, rodeado de guardianes, cruzó varios pasillos, saliendo a lo que en un principio creyó un extenso jardín y luego reconoció como el Parque Shiba, que hasta 1877 albergó el templo budista de Zojoji, de la secta de Yodo.

Caminó entre los famosos Templos Mortuorios. Muchas veces paseó por allí con Nagako Kuni, la mujer a la que adoraba.

En silencio, bajo la luz de una luna tímida que se ocultaba tras jirones de nubes transparentes, dejaron a su derecha la gran puerta de Sammon, único resto del templo incendiado de Zojoji.

Hakano comprendió que le llevaban a la colina de Maruyama. ¿Acaso estaba allí el cuartel general de la «Agrupación de Tengu»? En unos segundos sopesó, caso de haberlo pretendido, las posibilidades de escapar y hubo de reconocer que eran nulas. Siete orientales formaban en torno suyo un cinturón difícil de romper, máxime teniendo en cuenta que se trataba de individuos acostumbrados a enfrentarse con la muerte. Dijo en voz alta, para demostrar que no le acobardaban sus guardianes ni las circunstancias:

—Romántico paseo bajo la luna. Es una pena que no me acompañen hermosas *geishas*. Me hablaron mucho de ellas en Estados Unidos.

Nadie le contestó. Seigo, continuando con su táctica de desconcertar a los que le custodiaban y de aparentar una completa ignorancia de las costumbres y el paisaje, comentó, parándose ante el monumento levantado al precursor de la cartografía japonesa, Ino Chuhei:

—Parece un hombre importante.

Una pistola, clavándosele en los riñones, le empujó, obligándole a andar. El bravo agente del Servicio Secreto hallábase desorientado. No iban a Maruyama en línea recta, sino dando una serie de rodeos inexplicables. Dedujo que trataban de impresionarle, llevándole en la noche sin rumbo cierto, entre templos y tumbas, en medio de una turba de fanáticos. Sonrió con desprecio. Valoraban en poco a los hombres de su raza. El coronel Forrest, como él, había nacido en América, de padres japoneses.

Durante media hora recorrieron el Parque Shiba, en las estribaciones de la colina, y, al fin, decidieron a emprender su ascenso por unas escaleras de piedra.

Para quien no tuviera los nervios de acero y una gran confianza en sí mismo, aquel vagabundear cara a lo desconocido hubiese bastado para rendir el ánimo más esforzado. Sin embargo, Seigo Hakano, al llegar a la cumbre y enfrentarse con un japonés ataviado con un largo quimono, que les aguardaba en una especie de cenador, bromeó:

—Ignoro si es a usted a quien he de darle las gracias por el magnífico servicio que sus hombres me han hecho. A más de mostrarme las maravillas de la patria de mis padres, han guardado un respetuoso silencio, no turbando la paz de mi espíritu. Me reprocho no haber venido antes al Japón.

—Más le valiera regresar a América.

Las secas palabras del oriental estremecieron a Seigo, que, asombrado, oyó la siguiente orden:

—Bajadle a Benten. Yo iré detrás de vosotros.

En el tono de voz comprendió el agente del Servicio Secreto que la primera parte del plan de la «Agrupación de Tengu» había fracasado. Esperaban amedrentarle. Al no conseguirlo, recurrirían a

otro sistema. Dispuesto a no dejarse intimidar, encendió un cigarrillo con mano que no temblaba.

Se detuvieron al borde de un estanque cubierto de lotos. A la izquierda se alzaba un pequeño templo y a la derecha una especie de quinta de recreo, en la que penetraron. Un hombre alto y delgado, de rostro asiático, se incorporó al verle entrar:

—Pase, coronel, y siéntese —el que cruzó por vez primera la palabra con Hakano, cuchicheó a su oído—: Habla en voz alta, Kato. Me decían que no lograron acobardarle. Le felicito. Admiro a los valientes.

Seigo se acomodó en un butacón con la misma tranquilidad que lo hubiese hecho en el hall de un hotel, respondiendo:

—Hice la guerra en Europa, participando en la retirada de Dunkerque primero y luego en el desembarco del este de Francia, que dio al traste con los últimos esfuerzos de los alemanes. He visto tantas veces frente a mí la máscara de la muerte, que no me intimida. Los militares aborrecemos una larga enfermedad. Es mejor la muerte heroica por sagrados ideales.

—Mis informaciones —replicó el japonés— son bien distintas. Al parecer, usted estuvo durante la guerra entregado a importantes trabajos sobre futuras armas.

—Y así es. No le han engañado sus... «amigos» —las palabras del falso Forrest rezumaban ironía—. Sin embargo, olvidó que todo necesita un campo de experimentación. Sus... «aliados» me lo ofrecían magnífico. No mandaba ningún regimiento, sino un grupo de técnicos... Antes de seguir hablando, ¿cómo se llama usted? Les tengo por el país más correcto del mundo, y quizá por olvido esté cometiendo una descortesía al ocultar su nombre. ¿Un cigarrillo?

Le tendió la pitillera. El oriental negó con el gesto, observando a su interlocutor. Su rostro no reflejaba ningún sentimiento. Habló:

—Perdóneme. Kikou Tenno, a sus órdenes. Valoramos mal su personalidad antes de capturarlo. Le suponíamos un científico y no un hombre de acción.

—No soy ni lo uno ni lo otro. Únicamente un militar dispuesto a servir a su patria en el puesto que se le encomiende. ¿Por qué no habla claro y me dice lo que se pretende de mí? Antes de salir de Washington me aseguraron que no volvería. ¿Pertenece a la «Agrupación de Tengu»?

—No le suponía tan bien informado —comentó Kikou Tenno—. Kato, quédate tú solo. Los otros, que aguarden fuera. Voy a satisfacer la curiosidad del coronel.

Hubo una breve pausa. El oriental, recostándose más en el sillón, comenzó:

—Solo queremos una cosa: que vuelva a Estados Unidos rápidamente. Nos tememos que sea usted el único hombre capaz de establecer unas bases firmes de amistad entre América y nuestro país.

—Veo que me conceden mucha importancia —ironizó Forrest.

—La que se merece. Partirá esta misma noche, sin ver al emperador ni a ningún miembro del Gobierno.

—¿Y si me negara? ¿No ha pensado que obedezco órdenes?

—Desde luego. Hay una segunda solución: la de que demore su trabajo cuanto le sea posible, obstaculizándolo. Algunos agentes nuestros nos informarían de la verdad de sus actuaciones.

—En suma, traicionar a mi patria. ¿No es eso lo que me sugiere?

—Tal vez, aunque serviría usted a la de sus padres.

—Es un bonito juego de palabras. Me parece que aún resta otra posibilidad.

—Sí —afirmó Kikou Tenno—; pero nos dolería tener que recurrir a ella.

—Ya les dije que la muerte carece de importancia. Más tarde o más temprano nos ha de hacer suyos.

—Tal vez... Hay muchas maneras de morir. ¿Conoce usted lo que llaman «refinamiento oriental en el placer y en el dolor»?

—Sí. También sé que el cuerpo humano tiene un límite de resistencia, pasado el cual desfallece. Se trata de llegar al límite. Necesito meditarlo. Además, ¿me habla el jefe o un simple... criado?

Los ojos del japonés relampaguearon un momento, con llamaradas de ira. Contestó:

—Soy muy poca cosa para dirigir nuestra organización. Hay alguien por encima de mí, a quien conocerá segundos antes de que le ejecutemos. Tiene tiempo hasta mañana a primera hora. Pasado ese plazo, su vida será una constante tortura. Nada más.

—¿Me permite una pregunta?

—Diga.

—¿Qué se proponen?

La voz de Kikou Tenno vibraba de orgullo al responder:

—Impedir una nueva humillación para el Imperio más grande del mundo, llamado a regir a la Humanidad en fecha no muy lejana. El *Mikado*[6], como descendiente directo del dios del Sol no puede estampar su sello en un papel infamante, renunciando a la venganza de la pasada derrota. ¡La gran alianza está a punto de efectuarse!

—¿Con Rusia y China? —inquirió, burlón, Seigo Hakano.

No obtuvo respuesta. Kikou Tenno se levantó, haciendo a Kato una señal con la mano. Este, clavándole la pistola en las costillas, ordenó:

—Vamos.

Antes de salir, el falso Forrest oyó la voz del que mandaba a los hombres que le capturaron:

—Un consejo, coronel. Aún es joven. Si regresa a América podrá prestar valiosos servicios. No se sacrifique inútilmente.

Ya en el exterior, Seigo valoró de nuevo las posibilidades de huir. Estaba seguro de que si su respuesta era negativa, moriría al amanecer, no sirviéndole de nada el ver el rostro del jefe supremo. Necesitaba orientar las investigaciones en otro sentido. ¡La gran alianza, que siempre temió, iba a realizarse! Era preciso impedirlo.

Su cerebro trabajaba a la máxima velocidad. ¡Escapar! Tenía que hacerlo antes de que le encerrasen de nuevo en el calabozo. Miró a su alrededor. Los siete guardianes le rodeaban. Delante de ellos, marcando el camino, iba Kato, un ciego instrumento capaz de todo por obediencia a sus jefes.

Concibió un plan que, aunque lleno de peligro, era el único a realizar. Aguardó el momento oportuno y cuando ascendían por uno de los paseos, a cuyos lados se alzaban grandes setos, saltó bruscamente, apresando a Kato entre sus robustos brazos. Se oyó un disparo y Hakano notó un estremecimiento en el oriental, al que levantó en vilo, arrojándolo contra el grupo que se lanzaba en tromba a apresarle.

Algunos rodaron a efectos del choque, y los demás, por no herir a sus compañeros, dudaron si hacer fuego o no. Los breves

segundos de vacilación bastaron a Hakano, que en un salto inverosímil alcanzó la alta vegetación y, encorvado, corrió, sabiendo que su vida dependía de su velocidad.

La noche se iluminó con violáceas llamaradas, mientras se escuchaban las detonaciones de las armas de fuego. Seigo observó con alegría que los proyectiles no silbaban próximos a él, por lo que dedujo que sus perseguidores hallábanse desorientados.

Oyó a su espalda una voz ordenando algo en japonés, y a partir de ese momento cesaron los disparos.

Hakano cambió de dirección y, sin tropiezo, siete minutos más tarde, entraba en el club del bosque de Shiba, sacudiéndose el polvo de la americana.

—¿El teléfono? —pidió.

Le llevaron a una cabina, desde la que se puso en comunicación con Douglas Fiske, en la Embajada. A través del hilo oyó las alborozadas palabras del inspector:

—¡No sabe cuánto me alegro, coronel! Dígame a dónde le puedo mandar un coche. Iré con Fralinger a recogerle. No tardo un minuto en vestirme.

Seigo le comunicó las señas.

—Temo que no sea muy fácil salir de aquí. Tomen precauciones.

—De acuerdo.

Colgaron el auricular. Hakano pidió una mesa en un rincón, para no ser apuñalado por la espalda, ordenando al camarero que le sirviera una cena del país a base de salsa de soja, rábano picante y camarones fritos con batatas, así como una taza de sake[7]. Después, concentró su atención en un pequeño escenario, donde un grupo de geishas bailaban a los acordes de los *samisens*[8].

Se dejó ganar por la primitiva belleza de la melodía. Terminada la primera parte de la danza, las muchachas se inclinaron ceremoniosas ante la concurrencia, en la que abundaban los europeos. Permanecieron unos segundos en tal postura, para reanudar el baile que, por ser más movido, adquirió un mayor pintoresquismo. Los quimonos, de vistosos colores, con bordados en relieve, centelleaban a la luz de los focos que iluminaban el local.

Le sirvieron la cena, que Hakano devoró. Llevaba muchas horas sin probar bocado.

Mientras encendía un cigarrillo, calculó lo que tardarían Douglas y Paul en presentarse. Aún le restaban quince minutos de inseguridad. Esta aumentó al ver entrar en el club a Kikou Tenno, el cual, audazmente, se dirigió a su mesa. Aunque iba solo, Seigo se preparó para repeler una posible agresión. El miembro de la «Agrupación de Tengu», dijo:

—Una advertencia. Si intenta gritar o denunciarme, le acribillo a balazos. Mi oculta mano empuña una automática. Vengo a hacerle, por última vez, un favor. Renuncie a su visita de mañana o morirá. Admiro a los valientes, pero me dan lástima los temerarios. ¡Márchese a Estados Unidos!

Se alejó, sin aguardar respuesta ni volver la cabeza. Hakano respiró aliviado al verle salir. ¿No resultaría superior a sus fuerzas la empresa que estaba acometiendo?

Con tal interrogante torturándole, esperó la llegada de Fiske y Fralinger.

—Hemos traído un coche —anunció el primero—. ¿Herido?

—No. ¿Por qué lo dice?

—Está muy pálido, coronel.

—Las situaciones no han sido para menos. He necesitado de toda mi serenidad para no acobardarme. Vámonos de aquí. Durante el trayecto les informare.

Depositó varios billetes sobre la mesa, haciendo un gesto al camarero para que se acercara. Después subió con sus amigos al automóvil, que arrancó.

—Llevamos escolta. He tomado el máximo de precauciones —informó el inspector—. Ahora, refiéranos su historia.

Hakano siempre bajo la personalidad del coronel Forrest, narró su aventura, sin omitir detalle.

—Hizo bien en escapar. Movilizaremos a nuestros hombres para impedir que se lleve a efecto lo que ellos llaman gran alianza. Lo primero que interesa descubrir es si está el Gobierno complicado con ese grupo de fanáticos. Un pacto con la «Agrupación de Tengu» no debe preocuparnos con exceso. Le acompañaré mañana en su visita al Palacio Imperial.

—De acuerdo. ¿Hay noticias?

—Muchas y muy interesantes —respondió Fiske—. Los

documentos que entregó a Thiers han sido fotografiados antes de sernos entregados. He dado órdenes a uno de nuestros grupos de acción.

—¡Pobre muchacho! —comentó Paul Fralinger—. Le estimaba de veras. Sabe demasiadas cosas.

—Aunque él lo ignora, le concederemos una oportunidad. Los franceses tienen mucho que aprender de nosotros. ¿No le parece, coronel?

Seigo, que se hallaba absorto en sus ideas, volviendo a la realidad, contestó:

—¿Cómo decían?... ¡Ah, sí! Estaba distraído.

—¿Pensando en...? —inquirió Douglas.

—Una máquina microfotográfica disimulada en la hebilla del cinturón. Me hubiera sido de gran utilidad.

—La tendrá. ¿Nada más?

—Sí. Pasamos frente al Hospital de la Cruz Roja. Quisiera ver a una persona... Imágenesela, inspector.

—De acuerdo. Le esperamos en la Embajada. Confío en que será prudente.

—Esté tranquilo.

El automóvil cruzó el canal que, partiendo del río Sumidagawa, establece un ancho cinturón en torno a la residencia imperial. En un esquinazo, Seigo se arrojó del vehículo, guareciéndose en el saliente de una casa. Vio desaparecer el coche con sus dos amigos y el de escolta, pudiendo comprobar, tras una corta espera, que no eran seguidos.

Tranquilizado a este respecto, anduvo hasta la llamada «ciudad antigua» y en la que, debido a la profusión de extranjeros, se alzan numerosos chalets. Se detuvo en las proximidades de uno de ellos, construido con primoroso estilo oriental.

Miró a ambos lados. Luego, sin vacilar, saltó la cerca de madera. Un perro se arrodilló a sus pies, gozando de la caricia de Hakano.

—¡Quieto ahí, «Sultán»! Por fortuna, los hombres no son tan inteligentes como tú.

Abrió la puerta de entrada con el llavín que Nagako Kuni le entregó, confiada en su caballerosidad. Cruzó el hall y, atravesando un pasillo, se dirigió a las habitaciones privadas de su prometida,

deseoso de contemplarla mientras dormía. Al pasar ante la biblioteca, escuchó la voz de un hombre, no desconocida para él:

—La dejo ya, amiga. Sé que no está bien mi visita, pero necesitaba hacerle esa confidencia. Sospeché de Seigo hace algunos meses y una serie de sucesos me demostraron que no estaba equivocado. Era uno de los jefes de la «Agrupación de Tengu» y murió, sin duda, por haber cometido algún error. Es necio que le guarde fidelidad. Traicionó a América y al Japón.

—¡No puedo creer lo que afirma, profesor!

—Es la verdad. Que los dioses nos protejan.

—Así sea.

Hakano se ocultó tras las cortinas que daban paso al comedor. Las manos le dolían de tener los puños apretados, conteniendo sus deseos de estrangular al miserable que le difamaba. Desde su escondite vio a Aisaburo y a su prometida.

—Lamentaría haberla molestado, Nagako. Seigo ya no existe. Si algún resentimiento tuve contra él, ha desaparecido. Ya sabe que me tiene a su disposición.

La muchacha se inclinó, con más cortesía que deferencia, acompañando a Abiyama a la puerta. Seigo oyó los pasos menudos de su novia, que se encaminó a su dormitorio.

Seguro de que nadie más que ellos dos velaban en la casa, se situó en el recodo del pasillo, a dos metros de la alcoba. Un sollozo le hizo sentir deseos de descubrirse, confesando la verdad. Ahora lamentaba haber realizado la visita.

Retrocedió, incapaz de soportar por más tiempo la tensión nerviosa. En la calle respiró a pleno pulmón el aire de la noche. Mientras buscaba un taxi, elevó su mirada a la altura, cual si pidiera ayuda al cielo. La luna se ocultó detrás de una nube y Hakano tuvo un mal presentimiento. Las sombras continuarían cercándole el alma...

CAPÍTULO IV

CUANDO DOUGLAS Fiske describió las cortinas de la alcoba que ocupaba Hakano en la Embajada de Estados Unidos, eran las doce de la mañana y en las calles lucía un sol espléndido.

—¡Arriba, mi coronel! —gritó—. A la una y media nos aguarda el emperador.

Seigo saltó del lecho, disponiéndose a vestirse.

—Espere. Le traerán el uniforme de gala. ¿Le agradaría lucir la Medalla de Honor?

—Lo malo es que todavía no he sabido ganármela.

—¡Quién sabe! Por lo pronto, ha muerto una vez por la patria y es muy posible que ofrende por segunda vez su vida.

Hakano, sonriendo, amenazó:

—¡No me gustan las bromas macabras! Tendré que arrestarle. ¿Hay noticias?

—Muchas; pero antes he de hacerle una pregunta. ¿Le vio su prometida?

—No lo creí prudente.

Douglas respiró satisfecho.

—Me quita usted un peso de encima. Temí que no pudiera contenerse. Admiro su valor y su fidelidad.

Un soldado depositó ropa militar a los pies del lecho y, cuadrándose, abandonó la estancia.

—Ha tenido usted a dos sastres trabajando treinta y seis horas. Son también del Servicio Secreto. Los emblemas se los hemos colocado nosotros. Sirvió de modelo uno de sus trajes de paisano.

—Veo que no descuidan detalle.

Una vez que se hubo duchado, mientras se retocaba el maquillaje de la cara, preguntó:

—¿Qué hay de nuevo? ¿Se pudo identificar a los japoneses que cayeron en «mi entierro»?

—Sí, y ahora me explico el interés de nuestros enemigos por recuperar los cadáveres. Son...

Vaciló unos segundos. Seigo, irritado, dijo:

—Si no se fía de mí, puede callarse.

—No es eso, Hakano. La noticia va a ser muy fuerte para usted. El que yo maté es el hijo mayor de Aisaburo Abiyama, el profesor de la Universidad. El otro...

—¿Quiere romper de una vez?

—El único hermano de su prometida.

—¡No es posible! Lleva cuatro años en Osaka. Es un comerciante que no quiere saber nada de intrigas. No le conocía. Oí hablar de él a Nagako Kuni en términos muy elogiosos. Al parecer, le interesaba la literatura.

—Me costó trabajo creerle. ¡Pobre muchacha! La adversidad se ceba con ella.

El agente del Servicio Secreto no contestó, ocultando sus ojos tras las gruesas gafas de concha. Aun así centellearon peligrosamente. Fiske, observándole, inquirió:

—¿Qué le pasa?

—Nada. Un mal pensamiento. Por un segundo he creído que nada vale lo que la mujer a la que se quiere. La debilidad de los hombres reside en el corazón y la fuerza en el cerebro.

—Le comprendo, Hakano. Desayunaremos abajo. He ordenado que le reserven, en el hotel Seiyoken, tres habitaciones. Allí tiene la cámara microfotográfica que pidió. He ordenado que le hagan varios trajes, entre ellos un smoking. Desayunaremos con Fralinger. Le dejé vistiéndose.

El uniforme realzaba más la indiscutible personalidad de Seigo que, con el alma ausente, comió sin apetito. En la puerta les esperaba un «Cadillac» último modelo, que llevaba sobre la aleta izquierda una pequeña bandera de Estados Unidos. Fiske advirtió:

—Obramos a espaldas del embajador.

—Sí, como siempre. No es nada nuevo.

Apenas hubieron traspuesto la verja del jardín cuando el inspector reparó en una extraña maniobra de dos japoneses que

simulaban limpiar las calles.

—¡Al suelo! —gritó.

Seigo obedeció. Una ráfaga de proyectiles cruzó sobre sus cabezas. Los orientales habían sacado del carro de basura dos ametralladoras ligeras. La pistola de Douglas tronó varias veces y los atacantes cayeron al suelo sin vida. Una patrulla norteamericana salió de la Embajada a paso de carga. Fiske indicó al oficial:

—Retírenlos. Es el segundo atentado contra el coronel Forrest. Comuniquen el hecho a las autoridades.

—A la orden.

Douglas y Hakano subieron al vehículo. Fralinger, de militar, con los galones de sargento, iba al volante.

—Vamos, Paul.

El «Cadillac» arrancó y ninguno de los tres hombres cruzó palabra durante el recorrido. Al apearse, el inspector advirtió:

—No veremos a Hiro-Hito, sino a su secretario particular. Es menos comprometido. Interesa hacer creer a nuestros enemigos que comienzan las negociaciones. Se trata de una visita de cortesía.

—Comprendo.

Atravesaron largos corredores, separados por gruesas puertas de hierro y madera, llegando al fin a una de las grandes salas de recepción. Uno de los servidores de palacio les rogó que se sentaran, desapareciendo.

—Tranquilícese, coronel. Este es un lugar sagrado para el buen japonés. Aquí no atentarán contra nosotros. Fíjese en los cuadros, las porcelanas y las tallas. Es lo mejor que he visto.

En efecto, las habitaciones eran una maravilla de buen gusto y arte, mezclándose con ellas los dos estilos en pugna —y predominantes— del país: el sinto y el budista.

Grandes tapices cubrían las paredes. Desde los butacones en los que se hallaban sentados, admiraron una y otra vez las obras de los artistas nipones.

—¿Cómo no hay ningún retrato del emperador?

—El encargado de su custodia lo guarda en esa arqueta de hierro para preservarle de incendios e inundaciones. Si le ocurriera algo a la efigie fotografiada de Hiro-Hito, o simplemente cayese al

suelo, ese hombre se abriría el vientre como castigo.

Un soldado de los que vigilaban la residencia entró, portando en sus manos un papel. Luego de un sinnúmero de reverencias, habló:

—Dos señores me han entregado un mensaje urgente para ustedes. Mi oficial me envía a traérselo.

—Gracias.

Douglas Fiske tomó una cuartilla, pegada por sus dos extremos, y sonrió al leerla.

—Entérese, Forrest.

El mensajero había partido ya al Cuerpo de guardia. Seigo vio que una mano, torpe en la escritura de inglés, había trazado una sola palabra: «¡Márchese!» No llevaba firma, pero no era difícil averiguar su procedencia. Hakano comentó:

—Creo que empiezan a perder los nervios.

El inspector no pudo responder. El mismo que les condujo hasta allí, les invitó:

—Sígueme, por favor.

Anduvieron por un largo pasillo, atravesando varias salas, lujosamente decoradas.

Cruzaron un jardín, en el que los surtidores entonaban su canción de burbujas y, atravesando una inmensa habitación de cuatrocientos cincuenta y dos metros cuadrados de superficie[9], continuaron por otra galería hasta desembocar en un despacho, donde un hombre, sonriente, salió a recibirles con profundas muestras de respeto.

—Pasen, señores. Les esperábamos. El Gobierno lamenta las molestias que ha sufrido desde su llegada a Tokio, coronel. Son terroristas, a los que la policía se afana en capturar.

—¡Bah!... No se inquieten. Los americanos estamos acostumbrados a enfrentarnos con dificultades...

* * *

Mientras tanto, un individuo caminaba apresuradamente por el barrio antiguo de Tokio. Era Thiers, el hombre que se había vendido al oro francés, traicionando la confianza en él depositada, y que adivinaba su próximo fin. Le obsesionaba la idea de comunicarse con Douglas Fiske para intentar convencerle de que no

era un traidor. El empezó en el Servicio Secreto estadounidense como uno más de los grupos de choque, para pasar después a los servicios especiales. Fue entonces cuando, por su apellido francés, recibió una propuesta que significaba la riqueza. Mediante el pago de elevadas cantidades entregó informes y fotocopias a sus nuevos amos, los mismos que ahora, no considerándole útil, le negaban protección y ayuda.

Necesitaba esconderse una temporada y luego salir de Tokio, pero antes era preciso despistar a los que le seguían.

Pese al miedo, Thiers reconocía que la trágica situación por la que atravesaba no era nueva. Los miembros del espionaje responden de su fidelidad con la muerte. En los países extranjeros hay entablada constantemente, aun en las épocas de paz y de mayor compenetración política, una guerra sorda, sin cuartel, en la que siempre perece el más débil y de la que los Gobiernos se inhiben de un modo oficial, aunque se esfuercen en defender las vidas y los intereses de los heroicos agentes.

Tarde comprendía su equivocación. Solo trabajando para los americanos hubiera conservado existencia y honor. Ya era tarde para lamentaciones.

Volvió la cabeza. A unos diez metros, por el centro de la calle, despreciando el escaso tránsito rodado del suburbio, dos hombres le seguían. ¡Eran sus ejecutores!

Penetró en un restaurante, solicitando comunicación con Douglas Fiske, de la Embajada de Estados Unidos. La respuesta fue como la de otras veces. Había salido.

Colgó desalentado y, sentándose junto a una mesa del fondo, pidió un doble de ginebra, mientras apretaba la culata del revólver en el bolsillo de la americana.

De un trago apuró el licor, decidido a desembarazarse de sus seguidores que, en el mostrador, conversaban. Estuvo tentado de vaciar contra ellos el tambor de su arma.

El pensamiento de que de esa forma le acosarían también las autoridades japonesas, deteniéndole por asesino, frenó sus criminales impulsos, espoleados por el pánico.

Para salir del establecimiento había de pasar por donde se hallaban los dos individuos bebiendo whisky y bromeando con el dependiente, un chino menudo que sonreía obsequioso. Renegó por

haberse metido en aquella ratonera, y, decidido a no exponerse, pidió de comer, dejando transcurrir las horas. Sus antiguos compañeros, ocupando una mesa próxima a la puerta, le imitaron.

Thiers respiró. Allí, por el momento, estaba a salvo. Esperaban que saliera para, en cualquier calleja, caer sobre él y coserle a puñaladas.

Deslizáronse lentas las horas. A las cinco de la tarde el traidor se dirigió al teléfono. Las palabras del dependiente le dejaron mudo de asombro:

—No funciona, señor. Desde hace un rato no da la señal para marcar.

Desalentado vio en la avería la mano de los servicios especiales de los grupos de acción. Minutos después de comer observó cómo uno de los que le vigilaban conversaba con alguien de la calle, dándole, sin duda, instrucciones. Les miró. Tomaba a acometerle un ataque de pánico.

Con mano temblorosa se sirvió ginebra y, fumando sin cesar, reparó que la noche caía.

Encendiéronse las luces y el gramófono comenzó a dejar oír su voz gangosa, en tanto que las llamadas «chicas de café» comenzaban su habitual tarea de sustituir a los camareros para servir a los clientes, forzándoles, con promesas y palabras amables, a aumentar sus consumiciones.

Mujeres pintarrajeadas, procedentes de las cinco partes del mundo, escoria de la civilización, ocupaban mesas acompañando a marineros de los buques surtos en el puerto de Shinagawa, o a japoneses envejecidos prematuramente por el abuso de las drogas.

Thiers no desdeñó la compañía de una muchacha joven, de ojos grandes y expresión decidida:

—Toma lo que quieras —la invitó—. Estoy aburrido, deseando partir a América.

—Eso no es difícil. Salen con frecuencia barcos para allá. Si te interesa, puedo presentarte a alguien que te facilitará el viaje sin necesidad de pasaporte. Vendrá luego.

—¿Cómo te llamas?

—Ana Ivanovna.

—¿Rusa?

—Sí, ucraniana. No hablemos del pasado. Me entristece.

La nacionalidad de su interlocutora dio una idea a Thiers. Inquirió:

—¿Has oído hablar de la «Agrupación de Tengu»?

—Muchas veces, a mi padre. ¿Por qué lo dices?

—Tengo urgencia de entrevistarme con alguno de sus jefes. Poseo informes valiosos.

Ana Ivanovna le miró fríamente.

—¿Y qué pides a cambio?

—Abandonar Tokio.

—Procuraré complacerte. Estás muy nervioso.

—Sí. Quieren matarme aquellos hombres.

—¿Quiénes?

Thiers miró en dirección a sus enemigos, sin verles. Habían abandonado el local.

—Me esperarán a la puerta —gimió—. ¡No puedo salir de aquí!

La joven le miró, sonriendo.

—Hay un modo de burlarles. Una salida que conocemos solo los íntimos. ¿Vienes?

El espía vaciló unos momentos.

—¿No me traicionarás tú también? —preguntó con desconfianza.

—Piensa lo que quieras. Nadie te obliga a acompañarme. Yo me marchó.

—¡No... no! Iré contigo.

Atravesando el salón, recorrieron un largo pasillo que conducía a los servicios. Ana iba la primera, seguida de Thiers, que no apartaba sus manos de la culata del revólver.

Sin contratiempos, llegaron al exterior.

—Vivo aquí cerca —dijo ella—. ¿Cómo adivinaste mis relaciones con la «Agrupación de Tengu»?

—Creo que la integran elementos asiáticos. Ningún extranjero vive en Toldo sin complicaciones políticas.

Ivanovna no contestó hasta alcanzar una casa de humilde aspecto.

—¿Pasas o esperas fuera?

—Entraré contigo.

Franquearon la puerta. Apenas lo hubieron hecho, una pistola se clavó en la espalda de Thiers.

—¡Quieto! Saca la mano del bolsillo.

El amenazado obedeció.

—¡Maldita!

—Sigue adelante. Antes de que mueras, quiero que sepas algo.

En una habitación, amueblada con una mesa y varias sillas de paja, les aguardaban los dos hombres que le obsesionaron. Uno de ellos, quitándole el revólver, le dijo:

—Has cometido muchos errores. El último, fotocopiar unos documentos que se te entregaron. Las órdenes recibidas del alto mando eran las de hacerte una última prueba. También has fallado, estando dispuesto a aliarte con los fanáticos de Tengu y revelarles lo que conoces de nuestra organización. Debes morir.

La muchacha salió de la estancia. El que había hablado sacó una «Browning», con silenciador, oprimiendo una sola vez el gatillo.

Sonó un leve chasquido y Thiers, el traidor, cayó con el corazón atravesado de un balazo...

CAPÍTULO V

SEIGO HAKANO, de regreso de la recepción oficial, ocupó sus habitaciones del hotel Seiyoken, concediéndose unas horas de descanso.

Telefonó al *maître*, comunicándole que no deseaba que nadie le molestara y abrió un pequeño estuche lleno de tarros, tubos y pinceles. Media hora después, su rostro había adquirido el tono yodado propio de la gente de mar. De un envoltorio que había en el armario, extrajo un uniforme de oficial de Marina, con lo que la caracterización resultaba perfecta.

Meditó unos segundos sobre el plan a seguir, mientras se guardaba la pistola y varios cargadores en el bolsillo.

Con una de las almohadas y el pijama, dispuso la cama de manera que parecía contener un hombre dormido y se asomó a la ventana trasera del cuarto de baño, que daba a una calleja oscura. Ayudándose del canalón de desagüe, saltó al suelo, alejándose en dirección al club de Tokio, donde recibiría las últimas instrucciones.

El local, frecuentado por el cuerpo diplomático y la aristocracia de la capital, presentaba un deslumbrador aspecto en sus dos grandes salones, uno decorado al estilo del país, y el otro, al europeo. Hakano pidió una mesa, ordenando le sirviesen una cena a la americana.

Cualquiera que observara detenidamente su rostro, su pondría en él un lejano antepasado japonés. Parte de sus rasgos orientales habían sido hábilmente disimulados.

Tomó un sorbo de vino y aguardó deleitándose con los suaves acordes de los *samisens* y las *wibas*.

Poco duró su tranquilidad. Aisaburo Abiyama y Nagako Kuni entraban en ese momento. Seigo se preguntó si la muchacha

conocería ya la muerte de su hermano y su unión con los enemigos del Imperio. Un camarero escuchaba las indicaciones del profesor. Hakano dedujo que pedían una mesa, alejada, en lo posible, del bullicio, y ello fue la causa de que su prometida y el hombre que odiaba se sentaran tan próximos a él, que apenas si les separaban tres metros.

Seigo se volvió ligeramente, temeroso de que Nagako le reconociese con ese instinto propio de las mujeres. Crispó las mandíbulas con ira. ¿De qué hablarían en voz baja? Miró de reojo a Abiyama y le vio apoyando sus palabras con gestos expresivos. La muchacha asentía con leves inclinaciones de cabeza.

Malhumorado, se dispuso a tomar unos sándwiches, pero no llegó a pedirlos. La noche iba a ser pródiga en sorpresas. En una de las mesas del fondo distinguió a Kikou Tenno, el hombre con quien conversó en el Parque Shiba y uno de los jefes de la «Agrupación de Tengu». Le rodeaban dos hombres de aspecto distinguido.

Tuvo una feliz idea. Por fortuna, estaban empezando a cenar, lo que le garantizaba una larga permanencia en el lujoso local. Les seguiría para descubrir su cuartel general.

Un camarero se acercó, preguntando:

—¿El señor Smith? Le llaman.

Se incorporó sin responder palabra. Douglas Fiske era puntual.

—¿Quiere que le traiga el teléfono? Hemos instalado el sistema americano.

—No, gracias. Prefiero ir a la cabina.

Con paso elástico llegó al lugar indicado.

—Aquí Smith. ¿Algo nuevo?

—Sí —respondió el inspector—. Le hablo desde la calle. Nos tememos que haya una derivación con la centralita. Absténganse de comunicar mientras yo no se lo autorice.

—De acuerdo.

—Iré a verle al hotel. Hasta tanto, obre como se le antoje.

Fiske colgó, sin aguardar respuesta. Al volver Hakano a su sitio, sus ojos encontraron los de su prometida, que brillaron un segundo, como queriendo reconocerle. El desvió la mirada, con una hoguera de celos en el alma.

Vio que Kikou Tenno llamaba al camarero, pidiéndole la cuenta.

El hizo lo propio. Su amor le dictaba permanecer allí, contemplando a la mujer que más quería en el mundo. El deber, por el contrario, le impulsaba a alejarse.

Ya en la calle, reparó que los tres japoneses montaban en un automóvil. Llamando a un taxi, ordenó al conductor:

—Sígale, hay una buena propina si no pierde su pista.

Los dos vehículos se alejaron de las inmediaciones del Palacio Imperial. El coche que llevaba a los hombres de Tengu se detuvo en una fonda de Takanawa.

El agente del Servicio Secreto despidió al chófer, avanzando despacio hasta el lugar donde desapareció Kikou Tenno y sus acompañantes. Se trataba de una hospedería al estilo antiguo, con un cocherón para los caballos, ahora utilizado por los automóviles. El portal de entrada era ancho y empedrado.

Seigo conocía la complicada distribución de las posadas y preguntó a uno de los sirvientes.

—Vengo con tres caballeros. Me retrasé unos segundos. ¿Quiere llevarme a ellos?

—No sé de qué me habla, señor.

—Me refiero a Kikou Tenno. No tema —insistió Hakano sin inmutarse.

—Sígame.

Por unas carcomidas escaleras subieron al primero y único piso, desembocando en un pasillo con numerosas puertas a ambos lados. El criado se detuvo.

—Aquí es. Yo avisa...

La mano de Seigo cayó de canto sobre la nuca del que había hablado, que se desplomó como un fardo. Luego, abrió la habitación contigua, que se hallaba vacía.

Entró en ella, sacando del bolsillo trasero del pantalón un estuche aplastado conteniendo varias piezas, que montó con habilidad. Era un moderno detector de sonido que, por su reducido tamaño, significaba un verdadero alarde de técnica.

Colocó en sus oídos unas chapas de metal, a modo de auriculares, que, a través de unas estrechas gomas, enlazaban con un disco de materia plástica, que aplicó a la pared. Se extrañó al no escuchar el menor ruido. Esperó más de diez minutos, con el mismo

resultado. Al fin, guardando de nuevo el pequeño aparato, pistola en mano, salió al pasillo y, decidido, empujó la puerta donde, según declaraciones del que yacía inconsciente, se ocultaban sus enemigos. Aunque acostumbrado a trágicas situaciones, el cuadro que se ofreció a sus ojos le llenó de horror. En el suelo, en grotescas posturas y bañados en sangre, hallábanse dos hombres con la cabeza casi separada del tronco. ¡Les habían degollado!

Venciendo su repugnancia, se inclinó, fotografiándoles con su máquina, camuflada en el cinturón. Ninguno era Kikou Tenno. Imaginó lo ocurrido: el malvado llevó a sus víctimas a una trampa.

Comprendiendo que si era sorprendido le acusarían del asesinato de los dos orientales, se volvió para marcharse. Lo hizo a tiempo. Dos individuos se abalanzaban sobre él.

A impulsos del choque, rodaron al suelo. Seigo notó que la «Browning» se desprendía de sus dedos y se dispuso a defender desesperadamente su vida. Sin incorporarse, esquivó un golpe de yudo. Sus enemigos conocían el *jiu-jitsu*.

Se puso en pie y su puño se abatió contra la mandíbula de uno de sus atacantes, levantándole unos centímetros del suelo. El rechazazo fue tan brutal, que el hombre se dobló como un pelele, perdiendo el sentido.

Hakano se arrojó contra el otro japonés, que se inclinaba para recoger su pistola. Lo hizo a tiempo. Los dos chocaron en una de las paredes laterales.

Los combatientes apartáronse unos segundos, mirándose con odio. Seigo saltó a la izquierda, esquivando las manos de su antagonista. El *jiu-jitsu* poseía una serie de recursos que él ignoraba, pues sus años de aprendizaje no bastaron para dominar por completo la lucha japonesa.

Su adversario, con la cabeza inclinada y los brazos extendidos, pugnaba por apresar a Hakano, el cual levantó la pierna derecha, propinando a su adversario un puntapié en el vientre que descompuso por unos segundos su cerrada guardia. Esto bastó a Seigo, que golpeó una y otra vez en el hígado a su rival, viéndole palidecer. Un «gancho» terminó el combate.

Sin vacilar, Hakano abrió la ventana del cuarto. Por el pasillo se acercaban varios hombres. Saltó a la calle y en una rápida carrera llegó a la estación del ferrocarril de circunvalación de Meguro, en

las proximidades del templo del mismo nombre. Se acercaba un tren y Seigo montó en él, considerándose a salvo.

Examinó su ropa, deslucida por la lucha, arreglándose la corbata. Un guardia, que le vio entrar precipitadamente, saludándole respetuoso inquirió:

—¿Le sucede algo, señor?

—Intentaron robarme. No merece la pena que anote la denuncia. Salgo mañana para los Estados Unidos.

—Como guste.

Se retiró a un extremo del vagón, en el que viajaba poco público, debido a ser las doce menos veinte de la noche.

Media hora después estaba rondando el chalet de su prometida, no atreviéndose a penetrar en él, por temor a sucumbir a la tentación de hablarle. Un coche de alquiler se detuvo en la misma puerta, descendiendo de él Nagako Kuni y Aisaburo Abiyama.

—Hasta mañana, profesor. Ha sido muy amable invitándome a cenar.

—Quise servirle de consuelo en tan tristes horas y ofrecerle el placer de la venganza contra los asesinos de su hermano.

—Pensaré en ello, Abiyama. Ahora estoy demasiado nerviosa para darle una respuesta. ¡Es tan extraordinario lo que acaba de contarme!

—Vendré a buscarla mañana, si se digna acompañarme a los jardines de Dango-Zaka. Se inaugura la exposición de crisantemos.

—Sí... Adiós.

La muchacha franqueó la entrada al jardín, desapareciendo entre los alegres ladridos de bienvenida de uno de los perros. Abiyama pagó al conductor el importe de la carrera y, a pie, se dirigió a su domicilio, situado dos calles más abajo. Hakano le siguió unos metros, y luego, convenciéndose de que no había nadie por los alrededores, apretó el paso. Aisaburo, inquieto, miró al que se aproximaba. Al distinguir un uniforme, se tranquilizó.

Apenas Seigo estuvo junto al hombre al que odiaba, se abalanzó sobre él, pegándole ferozmente en la cara.

Las gafas del profesor, rotas, rodaron por el suelo. Aunque quiso defenderse, no pudo hacerlo. Una lluvia de puñetazos, desconcertándole, le aturdieron. Al fin, cayó a tierra.

Hakano le contempló unos segundos, mientras su boca se entreabría en una sonrisa brutal, despiadada. ¡Ahora necesitaba saber la red que el miserable estaba tejiendo en torno a su prometida! Por fortuna, en las proximidades había un pequeño depósito de útiles necesarios a los agentes, dispuesto así por la inteligencia y la previsión de Douglas Fiske.

Quince minutos después entraba en un pequeño chalet. Atravesó varias habitaciones vacías, sintiendo un escozor creciente en los nudillos y una salvaje satisfacción íntima, que le hacía ver el porvenir venturoso.

En la cocina, alzó una trampilla de madera, descendiendo al sótano, donde se apilaban cajones y grandes toneles. Hizo girar uno de estos, sacando una caja metálica. Se apoderó de una jeringa de inyecciones y una ampolla, así como de algodón y dos frasquitos, que guardó en sus bolsillos. De un armario empotrado en la pared extrajo una máquina mecanográfica de tipo maleta, escribiendo en una cuartilla el siguiente mensaje:

«No confíe en Abiyama. Busca su perdición. No se comprometa con él».

Se detuvo antes de estampar como firma «Un amigo». ¡Le hubiese gustado tanto poner su propio nombre!

Tomadas todas las precauciones, fumó un cigarrillo meditando las consecuencias de lo que se proponía hacer. Se estremeció y, para no dejarse dominar por el sentimentalismo, salió al exterior, paseando por la ciudad hasta las dos de la madrugada, hora en que se encontró de nuevo ante la residencia de su prometida.

No le fue difícil llegar a su dormitorio. La respiración acompasada de la joven le indicó que dormía. Mojó un algodón en el líquido de una de las pequeñas botellas y un fuerte olor a cloroformo se expandió en el aire.

Doliéndole lo que hacía, lo aplicó a la nariz de la mujer, oprimiéndole la boca. Nagako Kuni gimió, agitándose en el lecho, para, después, quedar inmóvil.

Seigo encendió el portátil de la mesilla, cubierto de tela rosa y una tenue claridad iluminó la estancia. Sin poder contenerse, unió sus labios a los de su prometida y, por vez primera en su vida, notó

que algo húmedo resbalaba por sus mejillas.

Se sobrepuso con titánico esfuerzo y pinchó el torneado brazo de Nagako. No le había dado más cloroformo que el preciso hasta que el «suero de la verdad» comenzara a hacer efecto.

Aguardó inquieto.

Puso la nota en la coqueta, aprisionándola con una caja de polvos. Consultó el reloj. ¡Ya era hora de actuar!

Nagako Kuni balbuceó algo ininteligible. Hakano, acercando mucho su rostro al de la dormida, interrogó:

—¿Qué relaciones existen entre Aisaburo Abiyama y tú? ¡Vamos!... ¡Contesta!

Entre gemidos, ella respondió:

—Vino a darme el pésame. A la noche siguiente volvió, asegurándome que Seigo pertenecía a la «Agrupación de Tengu».

Jadeó unos momentos. El agente del Servicio Secreto no ignoraba tales extremos.

—¡Sigue! ¿De qué habéis hablado?

—Me ha propuesto casarse conmigo, diciéndome que Hakano no me quiso jamás. Me lo pintó como un traidor. Tan convincentes eran sus palabras, que casi llegué a creerle. Me aseguró que mi hermano había sido asesinado por los mismos a los que servía Seigo; que era necio que guardara fidelidad a un recuerdo. Me declaró su amor, asegurándome que la vida era...

Otra vez se detuvo la joven. Su rostro se contraía por el esfuerzo que la droga le obligaba a realizar. Continuó:

—...un amasijo de carne y de sangre y que lo único perdurable es el espíritu, lo aliente el amor o la venganza. Afirmó que eran cobardes los que se aferraban al pasado, cuando la existencia nos ofrece hermosas realidades.

—¿Qué contestaste?

—Yo ambicionaba estar sola, para llorar.

Hubo una larga pausa. Hakano dejó descansar unos minutos a su prometida, para preguntarle de nuevo:

—¿En qué consiste esa venganza?

—En unirme a él. A su hijo le mataron junto a mi hermano. Me informó que estaba decidido a todo, con tal de cobrarse esa sangre. Me habló de una organización, sin citarme cuál, en la que

lucharíamos por el Japón. De mí no sospechaba nadie y podría prestar valiosos servicios, introduciéndome en la Embajada y frecuentando la amistad de Douglas Fiske, a quien no he vuelto a ver desde que Seigo murió.

—Dile que no, ¿me oyes?... ¡Que no!

Se apartó unos pasos del lecho, con una interrogante. ¿A quién pretendía servir Aisaburo Abiyama? Sin duda a la «Agrupación de Tengu».

Besó a su prometida y salió del hotel sin contratiempos, con una idea obsesiva en su cerebro. ¡Tenía que impedir que Nagako Kuni aceptara algo de lo que luego pudiera arrepentirse! Pensó en el inspector y, consolado con la idea, se encaminó al hotel Seiyoken, penetrando por la ventana del cuarto de aseo.

El instinto le avisó de un inmediato peligro y abrió despacio la puerta que comunicaba con sus habitaciones, sin percibir nada anormal. Sin embargo, el subconsciente continuaba gritándole: «¡Cuidado!... ¡Cuidado!»

Sigiloso, se acercó al interruptor de la luz, dejándose caer al tiempo que se iluminaba el dormitorio. Allí no había nada. Giró la vista a la cama y retrocedió. La ropa se hallaba en el suelo y la chaqueta del pijama tenía dos cortes, producidos, sin duda, por la hoja de un puñal. La verdad se abrió paso en su cerebro. Acuchillaron el bulto que dejó dispuesto, creyendo eliminarle. El frustrado asesino, tras descargar los mortales golpes, debió darse cuenta de la treta empleada y, tal vez airado, destapó el lecho para convencerse de la verdad.

Pistola en mano, recorrió las otras dependencias, convenciéndose de que se hallaba solo. Miró la cerradura, sin señal de violencia. Quizá utilizaron el mismo camino que él o disponían de una llave.

Pistola en mano, recorrió las otras dependencias, convenciéndose de que se hallaba solo. Miró la cerradura, sin señal de violencia. Quizá utilizaron el mismo camino que él o disponían de una llave.

Seguro de que no repetirían el atentado, se acostó, tardando en conciliar el sueño.

CAPÍTULO VI

—¡DOUGLAS! ¿Cómo usted por aquí?

La muchacha se detuvo, agradablemente sorprendida por el encuentro.

—Soy gran amante de las flores, los pájaros y las mujeres. Las tres cosas más bellas de la Humanidad. No puede imaginarse lo que celebro verla, Nagako. Ha de perdonarme no haberla ido a visitar. No quise aumentar su dolor.

—No necesita disculparse. Sé que era el mejor amigo de Seigo. Me gustaría preguntarle algo. No conozco de su muerte más que la versión de los periódicos.

—Me tiene a sus órdenes; pero, antes, si le parece, paseemos por el jardín. Es el más hermoso del mundo. Me entusiasma sentirme rodeado de crisantemos. Fíjese en los extranjeros. Se afanan por fotografiar tanta maravilla. ¡Necio empeño! No reflejarán su colorido, su vida...

Nagako Kuni asintió con el gesto. El aire estaba embalsamado por el aroma de la espléndida flora. En artísticas plazoletas, en las que murmuraban los surtidores, había mesas y sillas donde descansaban los asistentes al acto inaugural de la exposición.

—Sentémonos. No esperaba verla por aquí.

—El profesor Abiyama se ofreció a acompañarme, pero a última hora me telefoneó excusándose. No quise quedarme en casa y decidí venir.

—Bien hecho. Hay que sobreponerse a las desgracias. Un Martini —dijo Fiske a un camarero que les miraba interrogante—. ¿Usted qué toma?

—Lo mismo.

Callaron. El inspector contempló con afecto a Nagako Kuni, en cuyo semblante se adivinaban las huellas de un profundo pesar. La

joven estaba resultando víctima de las circunstancias. Deseaba consolarla.

—Permanecí tranquilo en la seguridad de que me llamaría si necesitaba algo.

—Así es, Douglas. Usted era para Seigo lo mismo que un hermano. ¿Será sincero conmigo?

—Le doy mi palabra de honor.

—¿Era un miserable bajo su capa de honorabilidad?

Pese a que esperaba la pregunta, Fiske simuló sorpresa.

—No la entiendo, Nagako, ni sé qué la mueve a hablar así. Hakano es un caballero, mi hombre digno de admiración. Si algún día tengo hijos, les pondré siempre como ejemplo de dignidad, valor y abnegación.

—Se refiere a él como si no estuviera muerto.

Douglas, sorprendido, rectificó:

—Así es. Me cuesta acostumbrarme a la idea de que no he de verle más. Él no tenía secretos para mí. ¿Quién le ha metido en la cabeza tal disparate?

La muchacha dudó unos segundos y, al fin, decidiéndose, refirió lo que dijera a su prometido bajo los efectos del «suero de la verdad», aunque omitiendo lo referente al asesinato de su hermano y la proposición de Aisaburo para que lo vengase, ingresando en una sociedad secreta. No quería comprometer a Abiyana. Terminó:

—Me desperté con un fuerte dolor de cabeza, encontrando este mensaje.

Tendió el papel al inspector, que lo examinó con detenimiento.

—Es curioso. ¿Qué piensa hacer?

—El corazón me dice que debo seguir este consejo. No obstante, me cuesta creer que Aisaburo sea un malvado. Siempre me quiso, y...

—Precisamente por eso —le interrumpió Fiske—. Desea borrar en usted el recuerdo de Seigo. Muy humano, aunque indigno. ¿Por qué no me hace una promesa?

—Diga.

—No tome ninguna decisión sin consultarme primero, por muy grave que sea. Tengo el deber de velar por usted.

—Así lo haré. Se lo prometo.

La conversación giró sobre Hakano, al que la joven recordaba con infinito cariño. Douglas sintió lástima de la muchacha.

Recorrieron los jardines y el inspector la acompañó a su domicilio.

—No olvide que me debe una promesa.

—Procuraré recordarlo, Douglas. Hasta que nos veamos.

—Adiós.

Se separaron. En el vestíbulo, aguardaba a la joven Aisaburo Abiyama, con el rostro desfigurado por heridas y moraduras. Se incorporó al verla entrar.

—Hola, Nagako. ¿Le sorprende verme?

—Sinceramente, sí. ¿Qué le ocurrió?

El profesor, envolviéndola en una mirada de desconfianza, repuso:

—Apenas nos separamos, me atacó a traición un desconocido, no dándome oportunidad de defenderme.

—¿Le robaron?

Tan sincera había sido la pregunta, que disipó los recelos del japonés, el cual, con una amplia sonrisa, llevó el diálogo al único punto que la muchacha quería evitar.

—Veo que ha aceptado mi proposición de anoche. Vigilando a ese hombre prestará un gran servicio a su patria.

Nagako no contestó. Abiyama, tras una pausa, dijo:

—¿Le gustaron los crisantemos? Sentí no poderla acompañar. ¿Se encontró con el señor Fiske?

—Sí —la voz de la joven se tornó dura, agresiva—. ¡Y me ha asegurado que Seigo Hakano murió sin dejar de ser un caballero!

—Es natural. Son lobos de la misma camada. ¿Contamos o no con usted?

—¡No!

—Bien. Es inútil que se exalte. Pretendía ofrecerle el desquite. Espero que no se enfade conmigo. La desgracia me cerca desde la muerte de mi hijo. ¡No me prive de su afecto!

El tono angustioso del hombre conmovió a la joven.

—No hablemos más del pasado, Aisaburo. ¿Quiere?

—Desde luego, Nagako. Lamento que se diera cuenta de mi debilidad. Las costumbres occidentales hacen mella en nuestra

raza, convirtiéndonos en transparentes. Mis podres se avergonzarían de mí. Vendré para invitarla a cenar.

Ella fue a oponer algo y Abiyama la interrumpió:

—No se niegue... Son muy largas las horas en soledad. Iremos a un restaurante europeo, en busca del olvido.

—Le esperaré.

Apenas hubo salido el oriental, sonó el teléfono. Nagako descolgó el auricular.

—¿Quién es?

—No me interrumpa mientras hablo —rogó desde el otro lado del hilo una voz metálica—. Acceda a ingresar en la «Agrupación de Tengu», procurando que confíen a usted.

—¿Quién me habla?

—Un amigo. No le ocurrirá nada y ayudará a alguien que la adora. Soy un amigo de Fiske y de Seigo Haka...

Se oyó el ruido sordo de un cuerpo al caer, seguido de maldiciones y forcejeos. La muchacha, horrorizada, no se atrevía a separarse el auricular del oído. La misma voz continuó:

—Intentaron matarme. El porvenir del mundo peligra. Hágame caso.

La joven dejó suavemente el teléfono sobre la horquilla, sentándose. En su cabeza giraba un torbellino de confusas ideas.

—La comida le aguarda. ¿Se encuentra mal?

—No. Ahora voy para allá.

La vieja criada salió de la estancia.

La muchacha comió mal, sin apetito, con una idea obsesionante. Apenas terminada la colación, marcó el número de la Embajada americana.

—¿Quién llama? —preguntó Fiske.

—Aquí Nagako Kuni...

—Cuelgue. Yo la llamaré.

—Pero...

—¡Haga lo que le digo!

Desconcertada, la joven obedeció. Cuatro minutos más tarde, el inspector explicaba a la joven su conducta.

—Temía que nos escucharan. Explíqueme con entera franqueza lo que le ocurre.

La muchacha refirió las proposiciones de Aisaburo y la misteriosa llamada telefónica, terminando con un angustioso:

—¿Qué debo hacer?

La respuesta tardó unos segundos en producirse:

—Si es usted valerosa, acceda. Prestará un gran servicio al Imperio. Confíe en ese amigo, siempre que en sus mensajes escritos o telefónicos figure la frase: «Asia busca su libertad». Lamento no poder ser más explícito. Acuda a esa cena. Mañana la visitaré para que cambiemos impresiones.

Envuelta en una intriga que desconocía, la muchacha permaneció inmóvil, forjando hipótesis. Al fin se declaró vencida. Los próximos acontecimientos tal vez aclararan la incógnita.

Pasó la tarde en el cuarto de costura, arreglando algunas prendas interiores. De vez en vez se detenía, con la aguja en el aire, para reanudar la tarea.

La sirvienta le llevó el té y, por primera vez en muchos años, Nagako Kuni no supo preparar su alma para que en ella se aposentara la serenidad, la paz...

* * *

El restaurante, que no difería de un «night-club» americano, era frecuentado por la alta sociedad de Tokio. Aunque había muchos nipones, todos iban ataviados a la europea. El Japón asimilaba rápidamente las costumbres occidentales.

Nagako sonrió al oír una frase de labios de Abiyama.

—También nosotros nos dejamos atraer por la vida fácil, por la libertad. ¿No formará un mal concepto de mí?

—No. Los que servimos la noble causa del Imperio hemos de luchar con nuestros enemigos en su mismo plano. Después, en la intimidad de nuestras casas, el viejo Japón vence y allí observamos las tradiciones.

—Así es. ¿Qué tal ha cenado?

—Bien. Pensé de nuevo en su proposición. ¿Quiere ampliarme detalles?

—Lo haré en breves palabras. He ingresado hace unos días en la «Agrupación de Tengu». Necesitamos mujeres que nos informen de las intenciones de nuestros enemigos. Un auténtico servicio de

espionaje. Se limitarán a sonreír, a hacerse invitar, a frecuentar el trato de los extranjeros. No habrá riesgos.

—Accedo, Aisaburo. Después de que se hubo usted marchado me quedé dormida unas horas. Se me ha aparecido mi hermano en sueños, bañado en sangre, mirándome con ojos de ira. Creo que es un mensaje del Más Allá.

—Lo era, Nagako. Brindemos.

Llenó las dos copas, echando en una de ellas una pequeña pastilla que llevaba escondida en su mano.

Bebieron. La orquesta continuaba interpretando las más modernas melodías, mientras los camareros se esforzaban en atender a los clientes. Los taponazos del champagne parecían el contrapunto del jazz.

La muchacha, notándose levemente mareada, se esforzó en disimularlo.

Al fin, se lo dijo a Aisaburo:

—Es la atmósfera. Hemos bebido poco. Salgamos, si le parece.

Pagó en dólares americanos. La noche era magnífica. Abiyama llevaba a Nagako Kuni del brazo.

El japonés la ayudó a subir a un automóvil, que se puso en marcha sin que el profesor pronunciara una sola palabra. La joven, sumida en la inconsciencia, no reparó en que el coche atravesaba la «ciudad antigua», para internarse en el Tokio moderno y cosmopolita, en el que abundaban numerosas quintas de recreo.

El vehículo se detuvo ante una verja de hierro. Dos sirvientes franquearon la entrada al automóvil, que se deslizó por un ancho paseo, bordeado de vegetación, hasta llegar a un edificio de dos plantas, al que se ascendía por una ancha escalera de piedra, cuya barandilla presentaba un curioso aspecto, por estar adornada con pequeñas figuras representando monstruos de nariz humana y plumas, que parecían dispuestos a abalanzarse contra quienes osaran aproximarse a ellos.

Kikou Tenno, el subjefe de la «Agrupación de Tengu», y dos individuos que le acompañaban, se inclinaron profundamente al ver a Isaburo, que ordenó:

—Llevala a la sala. Ahora nos reuniremos allí. Conviene que estemos a su lado cuando despierte. Es un auxiliar que puede

sernos de suma utilidad por sus relaciones con Seigo Hakano. No desconfiarán de ella.

Sin aguardar respuesta, seguido de Tenno, entró en un gabinete de trabajo, sentándose tras una imponente mesa de despacho. Inquirió:

—¿Novedades?

—Ya han salido las armas de Chin-Kiang con dirección a Nagasaki. Será fácil el contrabando, si lo efectuamos en la parte de playa que fue afectada por la explosión atómica. Después, los agentes las distribuirán por el Imperio. ¿Me permite una pregunta? ¿Qué hay del coronel Forrest?

—No ha vuelto a Palacio. He dado orden de que sea liquidado. Es un hombre astuto, pero no puede competir con nosotros. ¿Y de Hakano?

—Sigue en pie la sospecha. En las ruinas de la casa solo había dos cadáveres. Era necesario hallar tres, puesto que los que nosotros enviamos no han regresado. Me temo que no haya muerto. Si es así, hemos de reconocerle una astucia admirable.

—No hay pruebas —comentó pensativo el profesor de la universidad—. Es un misterio que me obsesiona. ¿Cómo podríamos resolverlo?

—Tengo un plan, jefe.

—Luego me lo explicarás. Nagako debe estar próxima a despertarse.

Abiyama se levantó y, seguido de Kikou Tenno, recorrió varios pasillos entrando en una amplia habitación. En un diván, recostada, hallábase la muchacha.

Los hombres que la custodiaban pusiéronse en pie, respetuosos, saliendo. Aisaburo consultó su reloj de bolsillo.

—Faltan dos minutos aún. ¿Un cigarrillo?

—Gracias.

Sentados, fumaron, sin cruzar palabra. La prisionera gimió, abriendo los ojos. Abiyama, incorporándose, fue a su lado.

—Me dio un buen susto, Nagako. Se desmayó al salir del restaurante y aproveché para traerla a casa del amigo que me introdujo en la «Agrupación de Tengu».

—No recuerdo nada —murmuró.

—Tranquilícese. Puede marcharse cuando lo desee. Me asustó, lo confieso. El señor Kikou Tenno es médico.

Las palabras persuasivas de Aisaburo convencieron a la muchacha, aunque sentíase invadida por un secreto temor. Llevó sus manos al pecho, tranquilizándose al tocar el *kai-keu*[10].

—Gracias. Por fortuna ya pasó.

—Así es, señorita. Soy un insignificante jefe de grupo de una extensa organización. El profesor me dice que puedo contar con usted. ¿Es cierto? Nos honraría cubriendo el puesto de su heroico hermano, asesinado por los hombres del Servicio Secreto de Norteamérica.

—No tengo más que una palabra —replicó la joven, serena ante el curso de los acontecimientos—. ¿Cuál será mi primer trabajo?

—Frecuentar el trato de Douglas Fiske y enterarse de sus planes. No le será difícil. Sé que les une buena amistad. Pregúntele sobre el coronel Forrest. Lo que sepa debe comunicárselo a Aisaburo. Los gastos corren de nuestra cuenta. Recibirá mil *yens* semanales.

—No me vendo por dinero. Solo me guía el amor al país.

—Admirable. Piense una cosa, Nagako Kuni: las traiciones las pagamos con la muerte. No lo olvide.

—Procuraré recordarlo. Ahora me gustaría regresar a casa.

—El profesor la llevará en mi coche.

Kikou Tenno dio por terminada la entrevista y Aisaburo salió con la muchacha, montando en un automóvil.

—Las ventanillas están cubiertas por telas negras. ¿Desconfían de mí?

—No, Nagako. Son simples precauciones. No se preocupe.

La joven, deseando facilitar a Douglas los mayores datos posibles, miró al conductor. Apenas si se veía a través del parabrisas el resplandor de los faros.

Tardaron más de una hora en llegar a su destino. Nagako Kuni estaba segura de que habían dado múltiples rodeos para desorientarla.

Al penetrar en su cuarto, sufrió un vivo sobresalto. En el suelo vio un sobre blanco, que rasgó. Contenía el último retrato que se hizo con su prometido. ¿Qué significaba aquello?

—Eso es todo, Douglas. ¿Por qué no me habla claramente?

—Aún es pronto. Pondríamos en peligro su vida. Tenga paciencia.

El inspector, con ademán pensativo, extrajo un cigarrillo de su pitillera de plata. De pronto, el parque lleno, por el que paseaban, cobró una inusitada animación. En la península que avanza en el lago cubierto de lotos, donde se halla el templo dedicado a la diosa Bente, un grupo de hombres, ataviados al estilo japonés, tocaban los tam-tam, anunciando el paso de una procesión sintoísta.

—¡Apartémonos! —dijo con viveza Nagako Kuni—. Se ha dado el caso del asesinato de algún extranjero durante las ceremonias religiosas. Mire, allí sacan el espejo simbólico, representando a la diosa del Sol.

Douglas Fiske, prudentemente, se alejó, seguido de la muchacha.

Ante el monumento a los soldados muertos en la batalla de Ueno, defendiendo al *shogun*, el inspector habló de nuevo:

—Infórmeles que, al referirme incidentalmente al coronel Forrest, me he mostrado satisfecho por la buena marcha del convenio diplomático. Bastará para inquietarles. La acompaño hasta la salida del parque. He de encontrarme a las dos en la Embajada. Perdóneme.

Una vez sola, Nagako Kuni se dispuso a regresar a pie a su domicilio. Un europeo se acercó.

—¿Me permite una pregunta, señorita?

—No. ¡Déjeme en...!

La joven, al ver que el desconocido le mostraba el cañón de una pistola escondida en el bolsillo de su americana, contuvo un grito.

—Sígame sin resistencia.

Obedeció como un autómatas.

—Suba a ese coche.

En el vehículo le aplicaron un algodón empapado en cloroformo. Fue en vano que intentara resistirse.

Apenas arrancó el automóvil, un agente, que por orden del inspector Fiske no perdía de vista a Nagako Kuni, se abalanzó contra una de las portezuelas, abriéndola, ya en marcha. Desde

dentro le dispararon una sola vez y el hombre cayó con el pecho sangrante, mientras los agresores se daban a la fuga.

Un grupo de curiosos rodearon al herido, que murmuró:

—Avisen Embajada Estados Unidos...

Fueron sus últimas palabras. La boca del norteamericano se llenó de sangre.

CAPÍTULO VII

CENABA HAKANO en el amplio comedor del hotel Seiyoken, enfundado en su uniforme de coronel, cuando fue interrumpido por la llegada de Douglas Fiske.

—¿Algo urgente? —inquirió.

—Termine. Subiremos a su alcoba.

—Mejor en la calle. He visto un micrófono escondido tras el mueble librería. He aparentado ignorarlo.

—Bien hecho. Ordene que le preparen el coche.

—Iremos nosotros por él. ¿Y Fralinger?

—Investigando sobre un contrabando de armas. Nuestros agentes de China nos informan que ha salido un barco para el Japón, aunque ignoran a qué punto. ¿Acabó ya?

Seigo alzó los ojos, sorprendido por el creciente nerviosismo del inspector.

—Sí. ¿Qué le ocurre?

No obtuvo respuesta. Fiske caminaba en dirección a la calle. Le siguió. En la puerta anduvo unos metros y montó en el «Cadillac» con Douglas.

Apenas se hubieron alejado del hotel, Hakano oyó unas palabras que retumbaron en sus oídos, igual que martillazos:

—Han raptado a Nagako Kuni, matando al que la custodiaba.

—¿Tengu?

—No. Eran europeos. Franceses o italianos, según las declaraciones de los testigos presenciales. ¿Qué hace usted?

—Dejemos el automóvil y vayamos en un taxi a donde quiera. Me da el corazón de que la muerte nos ronda.

Saltaron del «Cadillac», cerrando con llave las portezuelas. Douglas miraba a su compañero, dudando si la noticia no le habría

trastornado. Apenas se alejaron veinte metros, sonó una formidable explosión y el vehículo saltó por los aires.

Dos policías de tráfico se acercaron, saludando militarmente al falso coronel Forrest.

—¿Qué ha sucedido?

—Se incendió el motor y estalló el depósito de la gasolina. Por fortuna, salimos ilesos.

Uno de los agentes, mirando el informe montón de chatarra en que se había convertido el «Cadillac», murmuró:

—Cualquiera diría que lo volaron con trilita.

—Telefoneen a la Embajada.

Seigo, con la mayor naturalidad, se volvió hacia Douglas Fiske, que se limpiaba el sudor de la frente.

—Tomemos una copa.

Ya en el interior de una taberna, Hakano susurró:

—Salgamos por la puerta trasera. Es seguro que nos vigilaban para vernos saltar.

—¿Cómo lo adivinó?

—El instinto. Me salvó muchas veces la vida. El *Seiyoken* está lleno de traidores.

Habían alcanzado otra calle posterior. Detuvieron un taxi y Fiske ordenó:

—A Danzo-Zaka.

Durante el recorrido guardaron silencio. Ya en los jardines, Hakano inquirió:

—¿Qué más se sabe?

—Me han telefoneado, asegurándome que matarán a la muchacha a no ser que se cumplan unas condiciones.

—¿La marcha del coronel Forrest a América?

—No. La presencia de Seigo Hakano en un café de la «ciudad antigua». Ha de ir solo.

El agente del Servicio Secreto sufrió un vivo sobresalto.

—¿No será un error suyo, Douglas?

—Desgraciadamente, no. Hay alguien que sabe en Tokio que usted vive, y quiere comprobarlo. ¿Quién de los dos habrá cometido una indiscreción? Daría algo por saber si detrás de todo esto hay ingleses, franceses, rusos o chinos. No sé qué pensar. No

debemos reducir el número de nuestros enemigos a la «Agrupación de Tengu». Es posible que sean ajenos al secuestro.

Seigo, con la cabeza inclinada, en actitud de profundo abatimiento, no respondió.

—No se desanime. Triunfaremos.

—Sí, pero pueden matar a Nagako y yo seré el culpable. Cambiaré mi vida por la suya.

—Le acompañará un grupo de hombres —informó Douglas.

—No. Hay que seguir sus instrucciones al pie de la letra.

El silencio de Fiske corroboró sus palabras. Los dos hombres, absortos en sus graves problemas, no observaron la inmediata presencia de Aisaburo Abiyama, que les abordó.

—Buenas noches, señores. Veo que, como a mí, les agrada contemplar los crisantemos a la luz de la luna.

—Poetiza demasiado. Mejor diría a la de los focos eléctricos. Se ha convertido en sitio de moda. Vea las mesas ocupadas por sus compatriotas —respondió Douglas, con una sonrisa—. ¿Le presenté al coronel?

—No. Lo conocía del entierro de Seigo Hakano. ¿Le agrada Tokio?

—Lejos de los míos, no me encuentro bien en ningún lugar.

—Resulta extraño oírle. Al parecer, la familia no es una institución que prospera en los Estados Unidos.

El tono de Aisaburo Abiyama era incisivo. Fiske respondió:

—Tenemos libertad. No vivimos apegados a otra tradición que a la que nos marca la historia, prescindiendo de nuestros antepasados, que pudieron equivocarse. Las mentalidades cambian con los siglos en todos los lugares del mundo, menos en el Japón. Lamentamos dejarle. Mis mayores respetos, profesor.

Douglas hizo una breve reverencia, que fue contestada, y Aisaburo se alejó. Seigo dijo:

—¿Qué querrá ese individuo? Me dan ganas de mandarle detener.

—No se precipite.

Callaron, mientras se dirigían a la entrada de los jardines. Hakano observaba a su jefe, cuya preocupación aumentaba por momentos.

—¿En qué piensa?

—En si no caeremos en una celada, Seigo. ¿Hasta qué punto tienen la certeza de que vive? ¿No será una treta?

—Tampoco podemos dejar que la maten.

—Dice bien. Solo nos falta descubrir al jefe de la organización para realizar la más gigantesca de las redadas que ha conocido el mundo. Nuestros hombres, distribuidos a lo largo y a lo ancho del país, no cesan de comunicar con nosotros. La «Agrupación de Tengu» se ha extendido demasiado para que ninguno de sus miembros pueda permanecer en el anónimo.

Ya fuera del Danzo-Zaka, Hakano inquirió:

—¿Órdenes, inspector?

—Que salve a su prometida. Suerte.

—Gracias. Comunicaré con usted lo antes posible.

Se separaron. Seigo, aunque absorto en sus ideas, se volvió varias veces. Un individuo no le perdía de vista. Aparentó no darse cuenta de ello y anduvo hasta detenerse en Yoshivara, frente al templo Asakusa-Kwannon. Necesitaba desorientar a su seguidor y, cruzando el río Sumidagawa, llegó a la estación de Azumabashi, del ferrocarril de circunvalación. Montó en el último vagón y, apenas el tren se puso en marcha, saltó fuera. Se hallaba solo en el andén.

Subió a un taxi, dando al chófer las señas del hotel Seiyoken, en el que penetró sin responder a los obsequiosos saludos de los empleados. Disponía de tres horas, según le informara el inspector.

Se encerró en su habitación, dando comienzo a algo que le llenaba de gozo. ¡Recuperar su auténtica personalidad! Muchos iban a temblar ante su presencia...

Limpio su tez de cremas y tinturas, poniéndose un traje negro. En la funda sobaquera llevaba una «German Luger» y en el bolsillo de la americana la «Browning». Tomó un cuchillo de afilada hoja, enfundado en materia plástica, y se lo colgó del cinturón. Después se miró, sonriendo al pensar en la sorpresa de su prometida, si le fuera permitido llegar hasta ella.

Encendió un cigarrillo meditando el plan a seguir. Después de quince minutos de inútiles cavilaciones, se convenció de que no había más solución que meterse en la boca del lobo. Realizó una extraña operación en su espalda, no sin antes despojarse de la

americana.

Acordándose del micrófono instalado en su alcoba, entró en ella, tosiendo para hacerse oír. Luego alzó las botas militares, dejándolas caer a los pies del lecho. Por último, con un suspiro de satisfacción, hizo crujir la cama como si un cuerpo acabara de tenderse y, en silencio, se dirigió al cuarto de aseo. Como sospechaba, un hombre, en apariencia indiferente, paseaba de una punta a otra de la calle. Con el cronómetro calculó el tiempo que tardaba en llegar a su altura y, en pie sobre el marco, esperó, conteniendo la respiración.

Fue todo tan rápido, que el individuo, sorprendido, no tuvo tiempo de lanzar un grito. Hakano cayó sobre él, golpeándole los hombros con las rodillas, mientras sus manos pugnaban por apretarle la garganta para impedir que gritase. No era necesario. La conmoción bastó para dejarle sin sentido. ¿Qué hacer con el prisionero? Lo ocultó en un portal, maniatándole y amordazándole. Llamaría a Douglas Fiske para que viniese a por él.

Al salir de la cabina del teléfono automático, se sintió seguro de sí mismo. Iba a emprender la aventura más peligrosa de su existencia.

Con el cuello de la americana subido y las manos en los bolsillos, Seigo se convirtió en un noctámbulo que vagaba por las calles semidesiertas de Tokio.

Disponía de más de una hora y decidió invertirla enmurándose a pie al lugar de la cita, una taberna con pretensiones de restaurante, que conocía por haberla visitado una vez.

Llegó con diez minutos de anticipación sobre la hora prevista y se acodó en el largo mostrador, pidiendo una copa de ginebra. Recorrió el salón con la mirada, sin descubrir ningún rostro conocido. Esperó, esforzándose en dominar los nervios, mientras oía el gangoso son de un disco de gramófono. Le sorprendió oír a su espalda:

—Hola. Veo que sigues tan puntual como siempre.

Hakano se volvió. Ante él estaba un japonés de mirada penetrante y ademán resuelto.

—Es mi única cualidad. ¿Y la muchacha? ¿Cómo no ha venido contigo?

—Nos espera en la casa. Me dijeron que habías muerto.

—He resucitado para... volveros a ver.

—¿Vienes?

—Para eso estoy aquí.

Anduvieron varios minutos en silencio. El mensajero de la «Agrupación de Tengu» se detuvo.

—Dame la pistola.

—¿Y si me negara, capturándote?

—Peor para todos. Si tardo más de veinte minutos, morirá. Su seguridad responde de la mía.

Seigo vaciló, decidiéndose al fin.

—Sea. Cógela tú.

Se abrió la americana, mostrando la funda sobaquera, con la esperanza de conservar la «Browning», pero no fue así. Los ágiles dedos del oriental, cacheándole, le arrebataron también la automática.

—Tomáis muchas precauciones —se burló Hakano.

—Nos limitamos a no ser imprudentes. Si haces el menor movimiento, te acribillo.

Resistirse no era la intención de Seigo. Necesitaba encontrar a Nagako Kuni.

Atravesaron un jardín, llegando a una casa de lujosa apariencia. En el hall les aguardaba otro sujeto.

—¿Desarmado? —preguntó.

—Sí.

—Vamos.

Por un pasillo desembocaron en una amplia habitación, lujosamente decorada. Un grito acogió la presencia de Seigo, el cual, olvidándose de todo lo que no fuera su prometida, se acercó a ella que, muy pálida, se había puesto en pie. Llegó a tiempo para que no cayese, víctima de un desmayo.

Con sumo cuidado, la depositó sobre un diván. Luego se irguió, mirando por vez primera a los que le rodeaban.

—Mi vida por la suya. Venid a tomarla.

Kikou Tenno respondió:

—No, señor agente del Servicio Secreto. Se equivoca. El que la muchacha no muera depende de su testarudez. Usted no nos preocupa, sino la organización a que pertenece. Por favor, no

sigamos hablando mientras Nagako permanezca inconsciente. Lamento haberme servido de una mujer, pero no es tiempo de reparar en medios. Sobre la mesita tiene agua.

Hakano mojó en el líquido su pañuelo de pecho, aplicándolo sobre la frente de la joven, que se estremeció, abriendo los ojos.

—¡Seigo!... ¡Seigo!... —murmuró.

—No te inquietes, querida. Me duele haberte hecho sufrir. Ha sido necesario. Ni un solo momento he dejado de protegerte.

Nagako comprendió la intención de las últimas palabras. ¡Él había sido quien escribió el mensaje, comunicando con ella por teléfono!

—Estos hombres me dijeron que te escondiste por cobarde. ¡He llorado tanto!

La voz burlona de Kikou Tenno les volvió a la trágica realidad.

—Tierna escena... Lástima que tengamos que interrumpirla. Usted morirá, Hakano. No hay otra solución. Ella puede vivir, si nos dice quién es verdaderamente el que se hace pasar por coronel Forrest. Nuestros agentes de Washington nos comunican que el científico no se ha movido de la capital. ¡La burla es intolerable! Nuestro emperador ha manchado su mano estrechando la de un espía...

Seigo se volvió a su prometida.

—¿Te asusta morir?

—Si es a tu lado, no —contestó Nagako.

—Eres como te imaginé: digna de tu raza. Das ejemplo al cobarde jefe de la «Agrupación de Tengu», que teme mostrarse.

—¿Qué responde a mi pregunta?

—La verdad, aunque no va a creerla. En Washington se pasea un doble del coronel para desorientar la atención del espionaje mundial, facilitando así la misión del verdadero Forrest.

—¡Miente!

—Sé que es inútil pretender convencerles. Hagan de nosotros lo que deseen.

Hubo una larga pausa. En la habitación, a más de Kikou Tenno, se hallaban dos hombres armados con pistolas. La voz del que Hakano burlara en el Parque Shiba bajo la falsa personalidad de militar norteamericano, se dejó oír de nuevo, persuasiva, tranquila:

—Escúcheme. Sospechamos que vivía. Ninguno de los dos hombres que enviamos con la sentencia de muerte, volvió a comunicarnos el cumplimiento de la orden. Faltaba un cadáver. Para los demás, la cosa estaba clara. El *hara-kiri* acostumbra a efectuarse con la presencia de un solo testigo, el *haishaku*. Para nosotros, no. ¿Qué ha hecho en estos días?

—Dormir.

—No bromea. Logró introducirse en nuestra organización, pero no fue lo suficiente listo como para granjearse mi confianza. Le encomendé una misión y fracasó.

Seigo bostezó.

—No repita la historia. Es muy vulgar.

—Le conviene oír de nuevo. ¿Quién es el coronel Forrest? —no obtuvo respuesta. Kikou Tenno chasqueó la lengua, diciendo—: Llévalles abajo. Atadles.

La resistencia era suicida. Como Hakano sospechaba, le ligaron las muñecas a la espalda, para impedir que pudiera librarse con la ayuda de los dientes. Hubo de morderse los labios, a fin de sofocar una maldición al ver a su novia maniatada. Antes de salir, oyó una última advertencia, esta vez dirigida a Nagako Kuni.

—No olvide que pertenece a nuestra organización. Convénzale y salvará la vida. Es su última oportunidad.

Hizo un gesto imperioso y los prisioneros, empujados por las pistolas de sus guardianes, descendieron por una estrecha escalera. Un fuerte olor a humedad llegó hasta los jóvenes, que caminaron por un largo pasillo, al fondo del cual había una puerta, que un centinela, armado con una automática, abrió, empujándoles al interior. Nagako no pudo sofocar un alarido de espanto al sentirse caer en el agua.

—Serénate, querida.

Sumergidos hasta la cintura, comprendieron lo que el encierro representaba. Ningún prisionero podría dormir sin ahogarse. Ni las paredes ni la puerta presentaban el menor punto de apoyo.

—Cuéntame qué ha sido de ti, Seigo. Oyéndote me siento feliz.

Hakano no respondió, ocupado en una extraña operación. Con los dientes sacó de la corbata un grueso alfiler, el cual se convirtió en una diminuta linterna. Con ella, examinó la celda, descubriendo

en uno de sus rincones un leve orificio. Se volvió hacia su novia y, clavando de nuevo el alfiler en una de sus solapas, dijo en alta voz:

—Procuraré complacerte, aunque supongo que no te interesará mucho —en un susurro añadió—: Hay un micrófono que debe comunicar con el piso de arriba y que recoge cuanto decimos. Ten prudencia.

Nagako asintió con el gesto y, de acuerdo con el plan de fingimiento, insistió:

—No importa. ¿Qué hay de cierto en lo que sugirieron?

—Me limité a esconderme. Pensaba trasladarme a América y desde allí mandarte llamar. Comunicqué mis temores a la Embajada y nuestro amigo Douglas me dijo que te matarían si no me presentaba. Vine dispuesto a morir a tu lado. No soy un hombre de acción como creen, ni pertenezco al Servicio Secreto. No hablemos más de cosas desagradables. Aunque la muerte nos espera, déjame que te bese...

Puso sus labios sobre el oído de Nagako, refiriéndole la verdad. Al terminar, bromeó en el mismo tono:

—No dudo que seré envidiado por los que nos escuchan. Estás encantadora.

Ya en alta voz, tras unas expresiones cariñosas, pidió a la joven que le refiriera los incidentes del rapto y ella lo hizo.

—Fue grande mi sorpresa al convencerme de que era víctima de la misma organización para la que trabajaba.

Transcurrieron, lentas, las horas. En la obscuridad de la celda, el desaliento comenzó a invadir a Nagako Kuni, que recostó su cabeza sobre el pecho de Seigo.

Con un chirriar de goznes enmohecidos, la puerta se abrió. Kikou Tenno, acompañado de tres hombres, les aguardaba. Sin una palabra, les condujeron de nuevo al salón, por una de cuyas ventanas penetraba la luz del amanecer.

Comenzó un interrogatorio implacable, cargado de amenazas. Hakano negaba con firmeza, decidido a todo antes que a ser traidor.

Le golpearon brutalmente en el rostro, haciéndole sangrar.

—No conseguiréis nada de mí.

Kikou Tenno, encolerizado, les envió de nuevo al calabozo. El

agente del Servicio Secreto animó en voz baja a Nagako.

—La próxima vez escaparemos. El jefe no se muestra a nosotros. Ponte de espaldas y levántame la americana por detrás. Pegado con esparadrapo a la camisa hay un pequeño cuchillo. Intenta cortar las ligaduras.

La muchacha obedeció. A cada movimiento se oía el chapoteo del agua. La humedad comenzaba a penetrarles en los huesos, haciéndoles estremecerse. Hakano comenzó a hablar de banalidades, recordando los años de relaciones, mientras procuraba colocarse en la mejor postura posible para facilitar el trabajo a su prometida.

Fueron treinta minutos angustiosos. La joven estuvo a punto varias veces de dejar caer el arma. Le dolían atrozmente los tendones del esfuerzo. Al fin, Seigo, de un tirón, se vio libre de las ligaduras y empuñó el arma blanca, desatando a su novia.

—Hemos de procurar que no reparen en que estamos libres hasta que no salgamos del subterráneo.

Preparó unas esposas de cuerda y, con ayuda de la muchacha, introdujo las muñecas.

Otra vez les sacaron de la celda. Uno de sus guardianes les avisó:

—Confesad. La muerte que os espera es horrible.

—Gracias —respondió Hakano—; pero no necesito consejos. Pon un cigarrillo en mis labios y estaré mejor dispuesto.

Seigo se volvió al hablar así, con el único objeto de observar a los que les custodiaban, quienes habían enfundado los revólveres.

Llegaron a la estrecha escalera. Nagako Kuni iba en cabeza, seguida de uno de los individuos a las órdenes de Tenno. Detrás, Seigo y, cerrando la marcha, otro hombre. Hakano comprendió que era llegado el momento de actuar y sus manos apresaron el cuello del que caminaba en retaguardia, lanzándolo contra su compañero, que empuñó la pistola. La muchacha se arrojó sobre él, en un alarde de valor, impidiéndole precisar la puntería. No obstante, el disparo sembró la alarma en el edificio.

Convencido de que sus vidas dependían de la rapidez con que obrasen, Seigo clavó el puñal en el corazón de uno de sus enemigos. De una patada en el vientre, dejó sin conocimiento al

que estuvo a punto de matarle y, apoderándose de las armas de sus guardianes, corrió hasta alcanzar el último rellano de la escalera. Dos proyectiles se clavaron a pocos centímetros de su cabeza y ante él cruzó un japonés. Tronó una de las pistolas de

Hakano y el oriental murió antes de llegar al suelo, con una bala incrustada en la frente.

No había nadie en el pasillo que llevaba a la sala en la que les hicieron los interrogatorios. Una puerta se abrió, para dejar paso a tres hombres, que retrocedieron al verles, no sin antes hacer fuego. Hakano penetró con su novia en uno de los cuartos laterales, con la intención de ganar la calle por la ventana. Por desgracia, se trataba de un aposento interior, desprovisto de decoración y en el que se verificaba la ceremonia del *Cha-no-yu*[\[11\]](#), para la que se requiere un total aislamiento y ausencia de ruidos. Seigo reparó en lo apurado de su situación. Si salían, sus enemigos no vacilarían en acribillarlos a balazos.

—Siempre nos quedará el consuelo de llevarnos a algunos por delante, Nagako. Te has portado muy bien.

—Procuro ser digna de ti.

Cara a la muerte, sus labios se unieron, mientras una ráfaga de ametralladora indicaba el comienzo del ataque.

Hakano, fuera de la línea de tiro, esperó a que apareciesen los hombres de Kikou Tenno. Dos japoneses irrumpieron en la estancia, disparando en todas direcciones. Ladraron las pistolas de Seigo y los asaltantes se desplomaron sin vida...

Fuera se oían gritos, como dando órdenes. Nagako Kuni sonrió a su prometido, diciéndole:

—No te angusties y defiéndete como si estuvieras solo...

Siete proyectiles quedaban en la recámara de las armas que empuñaba el agente del Servicio Secreto. Siete miserables les acompañarían en el postrer viaje...

CAPÍTULO VIII

PAUL FRALINGER escuchaba atentamente lo que le decía en voz baja un individuo andrajoso, con aspecto de mendigo, en uno de los más infectos tugurios del barrio portuario de Tokio.

—En una finca de la «ciudad antigua» hay preparado un automóvil, que llevará a un hidro a los hombres que van a hacerse cargo de las armas. Creo que transportan una considerable suma de dinero. El necesario para abonar lo que traen desde China.

—¿Conoces el emplazamiento de la casa?

—Sí, pero... —dudó el hombre.

—Toma. He añadido quinientos *yens*. Puedes contarlos.

El desconocido, tipo clásico del indeseable que pulula en todas las ciudades marítimas, cogió con mano ávida lo que Fralinger le tendía, hundiendo el fajo de billetes en uno de sus bolsillos. Luego sonrió, bebiendo de un trago el doble de whisky.

—Mucho interés tienes en esto. ¿Servicio de espionaje?

—No te importa. Mis amigos y yo queremos apoderarnos del dinero a que te referías, antes de que llegue a su destino. Te pagamos bien la confidencia. ¿Cómo has logrado reunir los informes?

—No hay secretos en Tokio que yo desconozca. Los mendigos somos los seres mejor enterados del mundo. El que te envió a mí, sabe lo que hace. Dispongo de auxiliares distribuidos en los puntos más céntricos de la ciudad. Me abstengo de tratos con la policía y huyo de problemas políticos. Si me he confiado a ti ha sido porque O'Days es de mi confianza.

Fralinger sonrió. El mendigo ignoraba que el llamado O'Days era miembro del Servicio Secreto americano.

—Las señas —pidió.

El individuo dijo unas palabras, bajando más la voz. Propuso:

—Si me das cien *yens* te digo cómo pude enterarme.

El agente sacó unos arrugados billetes del bolsillo. Era el dinero que entregaba más a gusto. Al conocer la procedencia del informe, podría valorar su veracidad.

—Mi hija es novia de uno de los que van a Nagasaki. Le ha hablado de marcharse de Tokio con el producto de esta operación.

—De acuerdo. Confío en tu silencio. Si me traicionaras...

La frase incompleta llevaba encubierta una amenaza.

—No temas. Pienso hacerme viejo.

Fralinger se levantó, pagando al camarero. Después salió, confundiendo con el público que se dirigía al muelle a presenciar las faenas de descarga de los barcos procedentes de los principales puertos del mundo.

Su ropa deslucida hizo gruñir a un taxista:

—Enséñame el dinero.

Paul le mostró una bola formada con dólares.

—Llévame a la estación de Azumabaski. Date prisa y habrá propina.

El chófer pisó el acelerador, dirigiéndose al centro de la ciudad. Fralinger telefoneó a Douglas Fiske para que estableciese un cordón de vigilancia en torno al edificio que se proponía visitar. El inspector inquirió:

—¿Sabe algo de... Forrest? Ha desaparecido.

—No.

—Bien. Iré yo mismo con la patrulla.

Fralinger colgó el auricular, y como se hallaba a un cuarto de milla del sitio indicado por el confidente, apretó el paso. Empezaba a oscurecer.

Se detuvo ante una alta verja. En actitud distraída paseó en torno al jardín hasta llegar a la cerrada puerta de hierro, junto a la cual, por el interior, había un individuo. Se decidió.

Con la mano derecha hundida en el bolsillo de la americana, empuñando un revólver, se acercó.

—¿Está Kikou Tenno? Le traigo un aviso urgente del hidroavión.

El centinela vaciló unos segundos. La consigna era que nadie

entrara en la casa. Una voz amenazadora y la boca de un arma le convencieron de que aquel desconocido cumpliría sus palabras.

—Abre sin dar un grito o disparo.

Una vez en el interior del recinto, el bravo agente golpeó con la culata la nuca del que le precedía, seguro de que si era descubierto no vacilarían en asesinarle.

Despacio, con el máximo de precauciones, llegó a la escalera de piedra, deteniéndose frente a unas estatuas de la baranda.

—Tengu —murmuró para sí—. Este debe ser el Cuartel general de que habló Nagako Kuni al inspector.

Miró en torno suyo, por si le acechaba algún peligro, y con el revólver en la mano derecha se decidió a entrar en la casa. En ese momento, el infierno pareció desatarse en el interior. Fralinger oyó muchos disparos de arma de fuego y minutos después el tableteo de una ametralladora. Alguien se hallaba en peligro y ese alguien podía ser un compañero suyo. Tal vez el coronel Forrest, por quien le preguntó Douglas.

Sin vacilar, con los nervios en tensión y sintiendo el fragor de la próxima batalla, atravesó un amplio vestíbulo, alcanzando un pasillo en el que dos hombres, portando «Thompson» americanas, deshacían materialmente una puerta de madera.

—¡Levanten las manos! —gritó Fralinger.

Le repugnaba matar a sangre fría.

Los sujetos, en vez de obedecer, volvieron los cañones de las ametralladoras, apuntando al intruso; pero este solo necesitó dos balas para borrar del mundo a los indeseables.

Sin atreverse a avanzar más, con el temor de caer en una emboscada, de bruces en el suelo aguardó la llegada de Douglas Fiske. Los disparos debieron de oírse en la calle y pronto intervendría la fuerza pública, de no llegar antes el inspector.

Olía a pólvora. Desde su puesto de observación, Paul pudo contar cinco cadáveres. El sitiado sabía defenderse bien.

Transcurrieron varios minutos, que parecieron horas al bravo miembro del Servicio Secreto. Una voz conocida, gritó:

—¡Fralinger! ¿Eres tú?

—¡Hakano! Sal. No hay enemigos.

Seigo apareció en el umbral, con un rasponazo de bala en la

mejilla izquierda.

—Llegaste a tiempo. Solo me quedaban tres proyectiles. Ven, Nagako. El peligro ha pasado. ¿No te asombras de verme?

—Estaba al corriente desde el primer día. Tu caracterización era perfecta y recordé las enseñanzas teóricas que recibí en Washington. «La seguridad en sí mismo es el camino del triunfo». Al no identificarte, adquiriste el aplomo que necesitabas.

Pasos precipitados pusieron a los dos agentes en guardia. Fiske apareció al frente de un grupo de hombres. Su rostro se iluminó con una sonrisa de alegría.

—¡Gracias a Dios que estáis a salvo! —se volvió hacia uno de los que le acompañaban—. Registren la casa.

—Temo que no hallará más que cadáveres. Entre Paul y yo hicimos una buena limpieza. Vamos al salón donde nos interrogaron —sugirió Hakano—. Tiene que contarnos Fralinger cómo adivinó nuestro paradero. Sin él, hubiésemos perecido.

Charlaron durante más de veinte minutos, dándose mutuas explicaciones. El que realizó el registro, dijo:

—No hay nadie, vivo.

—Continúen. Vamos a la parte de atrás del jardín. Me temo que hayan escapado en el autogiro.

Así era. En la arena se veían las huellas del helicóptero.

—Les detendrá la aviación militar.

—Ahora lo sabremos. Preguntaremos a la base de Shinagawa.

El inspector habló por teléfono. La respuesta fue descorazonadora.

—Han observado las evoluciones de un autogiro que en sus costados llevaba el anuncio de una prestigiosa casa americana. En el aeródromo supusieron que tendrían permiso de la Dirección Metropolitana de Seguridad. No puede negarse que son inteligentes.

—Sí —comentó Seigo—. Nos encontramos igual que al principio, desconociendo la personalidad del jefe supremo. Sé que estaba en la casa. Mientras nos interrogaban vi que uno de esos cuadros se movía y deduje que era un observatorio...

—Registremosle.

Se dirigieron a la puerta, cuando apareció en ella uno de los

soldados:

—En la habitación contigua he encontrado unas gafas rotas.

Nagako Kuni las reconoció en el acto:

—¡Son las de Aisaburo Abiyama!... ¡Es imposible! ¿Acaso?

—Sea él o no, ya habrán llegado al hidroavión y volarán con rumbo desconocido —afirmó Hakano.

—¡No! —interrumpió Fralinger—. «Mi hija es la novia de uno de los que van a Nagasaki». ¡Cómo pude ser tan torpe! No podemos perder tiempo. Nos llevan media hora de ventaja. Inspector, haga que me acompañen diez hombres decididos. ¡Acabaremos de una vez con la «Agrupación de Tengu»!

La excitación de Paul era extraordinaria. Douglas Fiske se puso en comunicación con el aeródromo de Yokohama, dando las órdenes oportunas. Después, volviéndose a Nagako Kuni, se disculpó:

—Habrá de marchar sola a su casa. Nadie la molestará. Nosotros vamos a terminar de una vez con esos miserables. No sugiero a Seigo que se quede con usted, porque sé que es tiempo perdido. Además, le necesitamos. Confío en que pronto pueda ser el padrino de su boda. ¡Vamos!

En la calle, la muchacha vio partir a los hombres, quién sabe si a la muerte, y suspiró, mientras detenía un taxi. Por fortuna, sus enemigos estaban lejos y podría descansar, libre de peligros...

CAPÍTULO IX

DOUGLAS FISKE se equivocaba. En su domicilio aguardaba a la joven una desagradable sorpresa: Aisaburo Abiyama.

El profesor, al verla entrar, se levantó, saludándola con una cortés inclinación de cabeza. La muchacha, venciendo el temor que la invadía, dijo, irónica:

—Le suponía lejos de aquí. No tardarán en detenerle como cómplice de una cuadrilla de asesinos.

—Se equivoca, querida. Somos patriotas. No importa que en la lucha muramos miles de hombres. China y Rusia nos ayudarán. ¡Formaremos un bloque indestructible!

—Muy interesantes sus teorías. Habla con gran entusiasmo, demasiado, considerando que se inscribió entre los de «Tengu» para vengar la muerte de su hijo. Le ruego que se marche. Me es molesta su presencia.

La sonrisa de Aisaburo se hizo más amplia.

—¡Tendrá que acompañarme! —afirmó.

—¡Yo!... Está usted loco, profesor. ¡Váyase!

Con mano nerviosa, Nagako tiró del llamador de seda.

—No se esfuerce. Su sirviente no podrá acudir. Me estorbaba y la eliminé.

—¡Miserable!

—No se excite. A mi lado será la mujer más poderosa de Oriente. Mi nombre figurará con letras de oro entre los héroes del Imperio. ¡Salvaremos al Japón! No puedo perder tiempo. Saldremos de Tokio antes de cuarenta minutos.

Nagako Kuni llevó su mano al pecho y esgrimiendo el *kai-keu* se lanzó contra Abiyama en un gesto de desesperación. El profesor, sujetándole la muñeca en el aire, le arrebató el pequeño puñal. Su

rostro se contrajo espantosamente y acercando su cara a la de la joven, rugió:

—¡No firme su sentencia de muerte! ¡Venga conmigo!

Aterrada, la muchacha se dejó conducir a un automóvil que esperaba a la puerta. En el asiento delantero iban dos hombres.

—Al puerto, a toda marcha.

Una vez en el muelle, descendieron por las amplias escaleras de cemento que comunicaban con el mar, subiendo a una gasolinera tripulada por varios hombres.

—Salid a remo —indicó Aisaburo.

—No se preocupe, jefe. Liquidamos a los tres vigilantes, y la noche es oscura.

Pusieron en marcha el motor. El corazón de Nagako se estremeció de alegría al subir en el hidroavión. Dedujo que era posible que se dirigieran al lugar indicado por Fralinger.

—Deje el sitio a la muchacha, Kikou. Es el más cómodo.

El aludido obedeció, murmurando:

—El retraso ha podido sernos fatal.

—Sé bien lo que hago —respondió secamente Abiyama—. La responsabilidad es mía. Limítese a obedecer mis órdenes.

Tenno se inclinó respetuoso y Nagako comprendió que el tan buscado jefe de la «Agrupación de Tengu» era el profesor.

Recorrió el avión con la mirada. En él iban quince hombres, algunos de ellos armados con fusiles ametralladores. No cabía duda que se dirigían a Nagasaki a hacerse cargo de las armas.

—No volveremos a Tokio. En una pequeña isla del Pacífico aguardaremos el momento de actuar. Mientras tanto, podremos celebrar nuestra boda. Sin ti, la existencia carece de atractivos...

La había tuteado. La joven, deseando ganar tiempo, no respondió. El aparato volaba sobre el océano, dando un rodeo para no pasar sobre las bases militares...

* * *

La bomba atómica, al destruir la importante ciudad japonesa de la isla de Kiuxio, produjo la huida de la mayor parte de sus habitantes, temerosos de las emanaciones radiactivas, por lo que una extensa zona de Nagasaki quedó casi desierta.

La luna brillaba a intervalos, oculta a veces por las nubes que comenzaban a cubrir el firmamento, y un vientecillo fresco presagiaba tormenta.

Un cuatrimotor militar describió varios círculos en torno a la bahía, posándose suavemente en el agua, en una pequeña ensenada, a media milla del puerto.

—Aquí estaremos resguardados del temporal —dijo el piloto a Douglas, que le consultaba con la mirada—. Convendría que se quedara un hombre de vigilancia. Los demás nos trasladaremos a tierra en los botes neumáticos. Usted manda, señor Fiske.

—¿Quién es el más bisoño? —inquirió el inspector.

—Yo —respondió un soldado.

—A usted corresponde la misión de procurar que nuestros enemigos no se apoderen del avión. Los demás, síganme. Lleven cinturones con bombas de mano. Nos enfrentaremos a gente sin escrúpulos.

Las palabras del hombre del Servicio Secreto impresionaron a quienes le acompañaban. Adivinaban la verdadera personalidad de Fralinger, Hakano y Douglas. De no ser así, el comandante de la base aérea de Yokohama no les hubiera ordenado ciega obediencia. Todos habían oído hablar de las proezas realizadas por los miembros del servicio de espionaje. Ahora, por vez primera, iban a saber la realidad de las que un día estimaron fantásticas historias.

El grupo, integrado por cinco hombres, que se ofrecieron voluntarios para la operación, y los tres miembros de la Oficina Central de Información, saltó a tierra con las armas en disposición de disparar.

El inspector marchaba en cabeza. Suponía que sus enemigos no se hallaban lejos. Aquel lugar era el menos vigilado de la costa.

Douglas, deteniéndose, miró a Paul, y en torno a los dos hombres se agruparon los demás:

—Es extraño. Tal vez se muestren a la llegada del barco. ¿Tiene la certeza de no haberse equivocado, Fralinger?

No fue preciso que el agente respondiera a la pregunta. Lejano, se oyó el ruido de un avión en vuelo.

—¡Es posible que sean ellos! —comentó Seigo—. Escondámonos.

Se protegieron detrás de un grupo de peñascos que, por su altura, dominaban el mar.

El «hidro» pasó sobre los representantes de la ley para amarrar a unos quinientos metros, entre dos altos paredones de piedra.

Los hombres, con las manos crispadas en las metralletas, sentían en sus pulsos el latido del peligro. Lejos, el cielo comenzaba a abrirse con las llamaradas de los relámpagos y el aire aumentaba en violencia.

Transcurrieron varios minutos. Fue Fralinger el primero en ver una mancha oscura que se alejaba. Los enemigos les doblaban en número.

Cuando se perdieron de vista, Douglas dijo a Paul:

—Sígalas. Le esperamos aquí. Si le descubren, todo estará perdido.

—No me verán.

Se perdió en las sombras de la noche. Hakano murmuró:

—¡Malditos relámpagos!

La tormenta se aproximaba.

Comenzó a llover; primero, muy despacio, y luego, en copioso chaparrón. Protegieron las armas con los chaquetones de cuero que les habían facilitado en el aeródromo. La espera hacía inaguantable.

El inspector consultó por dos veces su reloj de bolsillo, aprovechando la luz de los relámpagos.

—Tarda Fralinger —dijo Seigo.

—Sí. Confío que no le hayan capturado.

Retumbó el primer trueno. La tormenta estaba casi encima.

Oyeron a su derecha ruido de pasos. Paul se acercó:

—¿Qué hay?

—Se han refugiado en una casa de madera levantada en las proximidades del mar. Pude contarlos. Son diecisiete hombres y una mujer. Han puesto un centinela.

A la luz de un relámpago pudo verse el rostro lívido de Hakano. Inquirió:

—¿No lograste verle la cara?

—No se volvió. Sé lo que piensas, pero no te preocupes. Si es Nagako Kuni, la rescataremos.

De nuevo el silencio se hizo en el grupo, roto únicamente por el fragor de la tempestad.

—Aguardaremos media hora. Les va a ser difícil efectuar el desembarco.

La angustiada espera, con el contrapunto majestuoso de la Naturaleza, adquirió una grandiosidad indescriptible. La sangre se apresuraba en las venas y los corazones latían fuertemente. Todos respiraron al oír al inspector:

—Vamos.

Fralinger iba marcando el camino. De pronto, se arrojó al suelo de bruces, mientras a pocos pasos un rayo se estrellaba y el aire olía a ozono.

Douglas fue el primero en llegar junto a su camarada, pero este le sonrió:

—No es nada, inspector. Me ha deslumbrado el relámpago. Súbase a la peña de su derecha. Desde allí verá la casa. Hakano...

—Dime.

—Deja que me coja de tu brazo. Tengo los ojos llenos de pequeñas lucecillas.

Situáronse de forma que dominaban la salida del refugio de los miembros de «Tengu». Una bengala entre dos exhalaciones convenció a Fiske que se acercaba la hora de actuar.

Vieron correr al centinela, avisando a sus compañeros. Hakano los contó, mientras salían.

—Van todos, menos la mujer. ¿Me deja ir a la casa?

—Sí.

—Gracias.

El agente del Servicio Secreto, reptando entre las rocas e hiriéndose en las manos y en las mejillas, llegó a la parte posterior de la cabaña, asomándose a la ventana. Apretó los puños con ira. Nagako Kuni yacía atada en el suelo. Un quinqué de petróleo iluminaba el trágico cuadro.

Saltó al interior. La muchacha no pudo contener un grito de alegría, que trocó en espanto. Kikou Tenno que acababa de entrar masculló un juramento al distinguir a su enemigo. Quiso empuñar la pistola, pero ya Seigo se había lanzado sobre él, provocando un mortal cuerpo a cuerpo.

Rodaron, propinándose feroces golpes. Hakano, preso de ira, dio al oriental dos feroces puñetazos en los ojos, cegándole. Después se incorporó y esgrimiendo un cuchillo, antes de que el japonés pudiera reaccionar, se lo clavó en el corazón, hasta la empuñadura.

—Vamos, querida. No podemos permanecer aquí más tiempo.

Cortó las ligaduras con el puñal, tinto en sangre, y se reunió con sus compañeros. El inspector, luego de estrechar la mano de la joven, inquirió:

—¿Qué sabes de esos hombres?

—El jefe es Aisaburo Ahuyama. Está enamorado de mí y retrasó el viaje para capturarme. Ya se acerca el barco chino. Una vez se hagan con las armas, las enterrarán en la playa, quedando dos hombres en la casa para ir entregándolas a los enlaces que llegarán por tierra y mar, a fin de distribuir las en todo el país. Al parecer, hay un pequeño puerto natural muy próximo y allí anclará la nave. Se mostraban inquietos por el estado atmosférico.

—Es para estarlo. Sus informes nos son de mucha utilidad. Las circunstancias hacen de usted, Nagako, uno de los principales actores de la tragedia que estamos viviendo. Debe aguardarnos aquí, mientras intentamos capturar a esos malvados.

—Lo haré.

—Lo sabía. Es usted razonable y... encantadora. ¿Verdad, Seigo?

El aludido abrazó a la muchacha, sonriendo.

—De eso fui el primero en darme cuenta.

Los ocho hombres avanzaron en silencio. Dentro de poco la muerte se enseñorearía en aquellos parajes.

Desde el borde de las rocas vieron la lucha de una pequeña embarcación por atravesar la barrera natural que formaban las aguas en el puerto. Al fin, lo consiguió, avanzando hasta las proximidades de unas rocas que, sin duda por la acción de las aguas, formaban una ancha meseta, donde aguardaba el grupo de contrabandistas.

Varios chinos conferenciaron con Abiyama. La luz de los casi continuos relámpagos permitían contemplar la escena sin dificultades. Aisaburo tendió una cartera a los que llegaban y estos volvieron de nuevo al buque de carga.

Quince minutos después, la tripulación amarilla transportaba grandes fardos a tierra.

En pleno apogeo del desembarco, el inspector dio una orden seca:

—Ahora.

Con el mayor sigilo, cortaron la retirada a los hombres de Tengu, situándose, sin ser descubiertos, a unos quince metros de distancia. Douglas, luego de ver convenientemente parapetados a los suyos, en un alarde de valor se puso en pie sobre una roca, gritando:

—¡Entregaos a la ley!

La respuesta fue un disparo. La bala silbó en los oídos de Fiske, que, resguardándose, tomó entre sus manos un fusil.

—¡Fuego!

Las ametralladoras entonaron su trágica canción. Tres individuos se desplomaron segados por las balas. Los restantes, protegiéronse detrás de la mercancía, respondiendo al fuego.

El espectáculo era impresionante. Los fogonazos brillaban como fuegos fatuos, confundiéndose con el resplandor de los relámpagos. Los trallazos de las armas de fuego y el retumbar, ya algo lejano, de los truenos, formaban una sinfonía de muerte y de violencia.

Seigo disparaba, procurando no errar el tiro. A su lado, uno de los hombres, que empuñaba una «Thompson», gimió, dejando caer el arma. Hakano se acercó a él, tranquilizándose al oír su voz:

—No se preocupe. Me han herido en el hombro izquierdo. Deme su pistola. Dispararé con la otra mano. ¡Cuidado! ¡Quieren huir escalando las rocas!

Abiyama, comprendiendo que sus enemigos acabarían con todos por gozar de una posición privilegiada, ordenó a sus hombres que se dispersaran.

Fiske saltó. Un proyectil le rozó una pierna. Era suicida un ataque a pecho descubierto. Fralinger sintió una mordedura en una muñeca e imitó a su jefe, así como Seigo y los cuatro soldados en condiciones de pelear.

Dos japoneses cubrían la retirada de sus compañeros, haciendo un fuego endiablado con ametralladoras. Hakano se arrastró unos metros, mordiendo la anilla de una bomba, que arrojó con

mortífero acierto. Las armas automáticas enmudecieron.

—¡A ellos! ¡Que no escapen!

Avanzaron con audacia. Uno cayó con un balazo en el pecho. Los restantes se aproximaron a las paredes rocosas por donde huían los secuaces de Aisaburo. Las armas entonaron su himno mortal y cinco hombres rodaron por los peñascos. Sin embargo, el jefe de la «Agrupación de Tengu» y cuatro individuos más desaparecieron.

—¡El barco se marcha!

—No irá lejos. Hay dos destructores patrullando. Tenían orden de dejarle llegar.

Corrieron en persecución de los fugitivos. Douglas Fiske, separándose, se encaminó al «hidro», con la seguridad de que hacia allí se dirigiría el jefe de la criminal organización.

Aprovechando el remanso que las aguas formaban en la ensenada, el inspector braceó muy despacio, suponiendo que habría algún centinela en el aparato.

Se izó sobre uno de los flotadores, llegando a la puerta de la cabina, que empujó decidido. Un sujeto salió al encuentro. Su asombro fue grande al distinguir a un desconocido que le apuntaba con una «German Luger».

—Vuélvete de espaldas. Si haces el menor movimiento, te acribillo.

El individuo obedeció y el inspector le propinó un fuerte culatazo, derribándole sin conocimiento. Después se asomó a una de las ventanillas, vigilando los botes neumáticos que había amarrados a una roca.

Su paciencia se vio coronada por el éxito. Tres hombres saltaron a uno de ellos y en pocas remadas llegaron al avión. Douglas reconoció la voz de Abiyama.

—Subid aprisa. No podemos perder tiempo.

Apenas estuvieron en el interior del aparato, Fiske les amenazó:

—¡Quietos!

Los relámpagos habían cesado y una semioscuridad reinaba en el «hidro». Aisaburo se escondió detrás de uno de los asientos, mientras de su mano derecha surgía un fogonazo. Douglas sintió un brusco golpetazo en el pecho y disparó a su vez, agotando el cargador del arma. Los que acompañaban a Abiyama cayeron para

no levantarse más.

El inspector sintió que las piernas se le doblaban y perdió el conocimiento. El jefe de la «Agrupación de Tengu» iluminó su cuerpo con una linterna, sonriendo con satisfacción. ¡Había matado al más peligroso de sus enemigos!

Deseando borrar todo rastro, arrojó a Fiske al agua, así como a sus secuaces, y después puso el motor en marcha...

* * *

Seigo Hakano, luego de disparar con mortal acierto sobre el que perseguía, giró en redondo. ¡Un avión!

Corrió hacia la ensenada a tiempo de ver salir el aparato. Se maldijo por su torpeza. Atrajo su interés algo que se movía en el agua y, sin vacilar, se arrojó a ella, asiendo el cuerpo de un hombre.

Ya en tierra reconoció a su jefe, creyéndolo muerto. Una leve pulsación de las sienes le demostró que estaba equivocado y comenzó a hacerle la respiración artificial. La herida, aunque grave, importaba poco. Lo urgente era hacerle expulsar el agua que estuvo a punto de ahogarle.

Disparó tres veces al aire, pidiendo auxilio, y no tardaron en reunírsele sus amigos. El recuento fue trágico. Dos soldados habían muerto y otros tres estaban heridos. Fralinger sangraba de una mano.

Nagako Kuni, que contemplaba la escena con expresión de dolor, se volvió de espaldas a los hombres. Se oyó el crujir de la tela al ser rasgada y la muchacha ofreció a su prometido un gran trozo de tejido blanco.

—Tapónale la herida.

Le hicieron la cura de urgencia en el avión, mientras el que permaneció de guardia marchaba a Nagasaki a dar aviso a las autoridades para que se hicieran cargo de los muertos. El inspector, recobrando el sentido, manifestó su deseo de ser trasladado urgentemente a Tokio. Respiraba bien y el proyectil parecía no interesarle ningún órgano importante.

El hidro emprendió el vuelo. En las costas del mar de la China Oriental quedaban dieciocho cadáveres...

En la cabina de pasajeros imperaba el silencio. Douglas Fiske daba las últimas instrucciones a Seigo Hakano.

—En el cajón secreto de mi mesa de despacho hallarás una relación de los agentes de la «Agrupación de Tengu» que residen en Tokio. El jefe ha huido cobardemente. Dirige la redada. ¡Que no quede ni uno libre! Asimismo, transmite idéntica orden a todas las poblaciones. Procuraremos compensar nuestro fracaso con el aniquilamiento del mayor número de traidores...

El inspector jadeó. Se le veía fatigado.

—Calle, Douglas. No se esfuerce. Ya hablaremos más tarde.

—No. Ignoro mi gravedad. Persigue hasta el fin del mundo a Abiyama. Yo quisiera que...

No pudo continuar hablando. Su cabeza se inclinó pesadamente a un lado, presa de un nuevo desmayo.

—¡Más aprisa! —ordenó Seigo al piloto.

Fralinger, para dominar su nerviosismo, miró al exterior. Comenzaba a amanecer y las nubes se alejaban a impulsos del viento. Nagako Kuni, inclinada sobre Fiske, le rociaba la frente con agua. Uno de los heridos comentó:

—Desde hoy, me creeré cuanto me digan acerca del valor de los miembros del Servicio Secreto.

—Dices bien, Francis —respondió su compañero, vendándole el muslo—. Me creía alguien porque derribé unos cuantos «Zeros» japoneses e intervine en varios bombardeos de Corea. En esta noche trágica he aprendido a admirar a unos héroes anónimos que no gozan ni aún del privilegio de ascensos militares o estimación popular...

Seigo Hakano sonrió, mirando a Paul, que atendía también al breve diálogo. El inspector Douglas abrió de nuevo los ojos y la esperanza de llevarle vivo a Tokio se aposentó de nuevo en las almas...

CAPÍTULO X

EL ferrocarril, los aeródromos y la costa, fueron estrechamente vigilados y a todas las ciudades se envió la reproducción fotográfica de Aisaburo Abiyama, el tan buscado jefe de la «Agrupación de Tengu». El único dato que se tenía del huido, fue el que facilitó el piloto de un transporte que volaba sobre el Pacífico. Declaró haber visto a un hidroavión describiendo círculos para aterrizar en las inmediaciones de Yawata. Ello satisfizo a Hakano, pues indicaba que el hipócrita profesor, quizá algo falto de combustible y temeroso de ser detenido en el momento de aprovisionarse, hallábase en las islas.

—Tarde o temprano caerá, Douglas. Celebro verle tranquilo al fin. He transmitido órdenes para que esta noche comience la redada en todo Japón. He dividido Tokio en diez sectores. Un agente irá al mando de cada patrulla. A las dos en punto, limpiaremos de podredumbre la ciudad. La policía nipona irá con nosotros.

—En usted confío, Seigo. Oyéndole hablar me dan ganas de levantarme y...

—No adelantaría nada, inspector. Necesita ponerse bien para seguir prestando servicios a la patria.

El diálogo tenía lugar en una de las habitaciones de la Embajada de los Estados Unidos. Douglas Fiske inquirió:

—¿Y Nagako?

—La custodian nuestros mejores hombres. Es suicida que ese miserable vuelva a buscarla, pero es una posibilidad que no cabe desechar.

—Desde luego —asintió Douglas—. Cuando termine se habrá ganado unas largas vacaciones en su patria. Será su viaje de novios. ¿Me equivoco?

—No —los dos sonrieron afectuosamente—. ¿Alguna orden

más? Son las once de la noche y quisiera hacer una visita a mi novia. Nadie sabe lo que puede pasar dentro de unas horas.

—No se exponga.

—Procuraré obedecerle.

—Quiero que sepa que el auténtico Forrest lleva dos días en Tokio.

La sonrisa de Hakano se hizo más amplia. Puso en los labios del inspector un cigarrillo encendido y comentó:

—Siempre dije que era usted un hábil diplomático.

En el exterior le aguardaba un automóvil en el que se trasladó a casa de Nagako Kuni, quien, al verle, se levantó gozosa.

—¡Si vieras lo largos que se me hacen los minutos!

—¿Abandonarás el Servicio Secreto?

—No, mientras la patria me necesite. Me han ofrecido un largo permiso. Pensemos solo en nuestra felicidad.

Sentados en el sofá, la charla se hizo más íntima, floreciendo los recuerdos. El tiempo se detuvo ante la fuerza incontenible de aquel amor...

—Tierna escena. ¡Lástima que venga a interrumpirla!

Seigo se incorporó, con el asombro reflejado en el rostro. Nagako sofocó un grito de espanto. En la habitación, Aisaburo Abiyama sonreía, empuñando una pistola.

—Pero... ¿Cómo?

—Muy sencillo. Vigilaron la puerta y las ventanas y se olvidaron del techo. Desde el hotel contiguo me ha sido fácil saltar a este, y luego a la parte trasera del jardín. Muy ingenioso, ¿verdad?

—Sí.

—Todavía, pese a mi fracaso, puedo dar lecciones a los que me creyeron un cobarde, ¿no es así?

—Le hice justicia.

El cerebro de Hakano trabajaba a velocidad vertiginosa. ¡Aquella era la más desesperada situación en que se encontraba jamás!

—Se equivocó. No intente moverse. Le aseguro que no me tiembla el pulso.

—Lo celebro —replicó Seigo en un alarde de serenidad—. Prefiero morir de un balazo en la cabeza que en el vientre.

—Olvidó su educación oriental. Su padre practicó el *seppuku*, abriéndose el abdomen. Allí está la morada del alma[12].

—Muy interesante. ¿Ha pensado que cuando dispare entrarán mis hombres a capturarlo?

—Sí —replicó Aisaburo—. Les será difícil cogerme vivo. Ya no soy necesario y puedo morir.

Seigo, deseando ganar tiempo, inquirió:

—¿No le importaría retrasar nuestra ejecución unos segundos? Tengo verdadera curiosidad por conocer una cosa.

—Diga.

—Refúteme, si me equivoco. Su mayor fracaso ha sido el no conseguir formar parte del pretendido bloque asiático. Ni Rusia ni China han cumplido sus compromisos con usted, utilizándole de modo indirecto para provocar conflictos entre los japoneses y obtener informes. Por parte de las representaciones diplomáticas se nos dieron toda clase de seguridades, afirmándonos no conocer la existencia de la «Agrupación de Tengu» e incluso ofreciéndose nos para combatirla. ¿Cómo un hombre inteligente ha podido servir los intereses extranjeros en contra de los de su patria?

—No me engañaron ni un solo momento, pero mi única esperanza residía en su ayuda. En fin... todo ha terminado ya.

Hakano vio que alzaba el arma, apuntándole al pecho. Por la crispación del rostro del oriental, pudo darse cuenta de que iba a disparar. Era necio resistirse. Hizo otra pregunta:

—¿También la matará a ella? Creí que su concepto del amor se basaba en la generosidad y el sacrificio, nunca en la venganza. El asesinato es una cobardía. Matar a una mujer, algo indigno, despreciable. Respétela y formaré mejor concepto de usted.

—No me importan sus opiniones.

Seigo se dispuso a saltar contra Abiyama. Lo hizo un segundo antes de que este apretara el gatillo. Con gran asombro, no sintió el choque de ningún proyectil contra su cuerpo y apresó entre sus dedos la garganta de Aisaburo.

—Déjale. No luches contra un cadáver.

Hakano soltó su presa, incorporándose. En la puerta, con la pistola en su mano derecha, se hallaba Fralinger. Nagako Kuni, destrozado su sistema nervioso, lloraba con el rostro oculto entre

las manos.

—Gracias, Paul. Llegaste a tiempo. Hubiera preferido capturarlo vivo.

—No había opción. Nada le hubiese intimidado. Era un digno rival.

Los dos hombres miraron al muerto con el alivio de saberse libres de una cruel pesadilla. Dos agentes de paisano penetraron en la estancia, deteniéndose sorprendidos. Fralinger les hizo un gesto con la mano, y salieron. Hakano interrogó:

—¿Cómo se te ocurrió venir?

—Necesitaba hacerte una consulta sobre la operación de esta noche y Fiske me dijo que estabas en casa de Nagako. Dios vela por nosotros. Solo falta una hora. Douglas ha dispuesto que vayamos juntos a detener a las cabezas visibles de la organización, prescindiendo de ayuda militar. Las patrullas capturarán al resto de los hombres, y mañana los periódicos publicarán la noticia de una gran redada de maleantes. No conviene que el asunto trascienda.

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo nos queda?

—Treinta minutos. Te espero con los que tan mal vigilaban a tu prometida.

—Enseguida me reúno contigo.

Paul abandonó la estancia. Una vez solos, hubo un breve silencio entre Seigo y Nagako. La muchacha temblaba todavía.

—Serénate. Todo pasó, sin más consecuencias que el susto. Ve junto a Douglas y cuéntale lo sucedido. Él no dormirá hasta que no regrese a informarle. Vamos. Te acompañaremos.

La dejaron en el amplio jardín de la Embajada. Hakano, que llevaba el volante, mirando su reloj de pulsera, preguntó:

—¿Cuál es el primero?

—Meijo Araki, periodista. En su casa encontraremos una estación de onda corta. Es un tipo peligroso.

El vehículo atravesó varias calles de la ciudad hasta llegar al lugar indicado. Los agentes del Servicio Secreto se apearon. Paul llevaba su inseparable «German Luger»; Seigo, una ametralladora «Thompson».

Saltaron la verja de hierro que rodeaba el pequeño y bien cuidado parque. Tokio es considerado, con justicia, la ciudad más

florida del mundo, debido al gran número de chalets, quintas de recreo y jardines que posee.

—No será difícil abrir una ventana —susurró Fralinger—. Algunas no están encajadas.

Utilizando un puñal de fina hoja hicieron saltar la falleba, penetrando en una habitación, que, a la luz de la linterna, resultó ser el cuarto de trabajo del escritor.

—Tiene dos criados. Hemos de procurar cogerles vivos... si es posible —indicó Hakano—. ¿Conoces el emplazamiento de su alcoba?

—En el piso superior.

—Vamos.

Silenciosamente subieron por una ancha escalera. Los pasos eran amortiguados por una gruesa alfombra.

Detuviéronse en el hall, decorado con estatuas en bronce, y del que partía un pasillo y varias puertas.

—Aquí es —indicó Fralinger.

Hizo girar despacio el pestillo, comprobando, con disgusto, que estaba echada la llave. Los agentes se consultaron con la mirada, poniéndose de acuerdo sin palabras. Seigo disparó una ráfaga contra la cerradura, mientras Paul cargaba el peso de su cuerpo contra el obstáculo. Una vez dentro de la habitación, Hakano ordenó:

—Entréguese, Meijo. No tiene escape.

Un fognazo frente a él fue la respuesta. El periodista había disparado en dirección a donde sonaba la voz.

Convencido de que no se rendiría más que muerto, Seigo se puso en pie y, oprimiendo el gatillo del arma, regó de proyectiles el cuarto, mientras Fralinger daba al interruptor de la luz. El cuadro que se ofreció a sus ojos fue espantoso.

Meijo Araki yacía en el lecho con el cuerpo acribillado a balazos y el pijama empapado en sangre. Su mano derecha sostenía un revólver. Por un instante, el herido clavó su mirada en los que le atacaban y quiso decir algo. La muerte segó las no pronunciadas palabras.

Dos japoneses entraron en la alcoba. Uno de ellos, de avanzada edad, gritó:

—¿Quiénes son ustedes? ¡Asesinos!

—Vístanse pronto. La policía tiene que interrogarles —respondió Hakano, mientras marcaba un número en el teléfono—. ¿Inspector Swacker? —preguntó—. Cumplido su primer objetivo. Dos prisioneros. Envíen por ellos —colgó sin escuchar las felicitaciones. Volviéndose hacia Paul, sugirió—: Esperaremos a que vengan. Disponemos de tiempo.

* * *

Irabumi Ito, propietario del hotel Seiyoken, se incorporó sobresaltado por el ruido de unos disparos próximos y, pistola en mano, se asomó a la ventana. Dos casas más arriba, en el domicilio de Zenzaburo, la policía militar estaba efectuando un registro. Vio salir esposado a su camarada y amigo, y se vistió rápidamente, pensando si no le aguardaría una suerte semejante. Respiró al ver que los soldados se alejaban.

—Levante los brazos.

La orden, dada en tono conminatorio, no fue obedecida. Irabumi Ito, seguro del fin que le aguardaba, se volvió haciendo un disparo. Fralinger cayó, llevándose las manos al pecho, y Hakano, preso de ira, tiró sobre él. ¡Era una lucha a muerte contra un grupo de fanáticos!

Arrodillóse angustiado, levantando la cabeza de Paul. Este sonrió débilmente, mientras por las comisuras de sus labios surgía un hilo de sangre.

—Ya tengo lo mío, Seigo...

—No seas niño. Curarás.

Los ojos del bravo agente se agrandaron por el dolor.

—No puedes engañarme. ¡Lástima, morir sin gozar del triunfo!

Jadeó unos minutos. Hakano sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Fue a incorporarse para avisar a una ambulancia, pero Fralinger se lo impidió:

—¡No me dejes solo! Es inútil... Tira a matar y no avises... Siento no poder ayudarte y...

No terminó la frase. Seigo, con la noche en el alma y una oleada de sangre en el cerebro, se levantó y, tambaleándose como un borracho, alcanzó la calle.

Ya en el automóvil, apretó los dientes con ira, pisando a fondo el acelerador. ¡De su alma había huido la piedad!

Se detuvo en el domicilio del tercero y último de los dirigentes de la «Agrupación de Tengu», que vivía en el segundo piso de una casa de vecinos. De mutuo acuerdo, Fralinger y él dejaron su captura para última hora, por considerarle el más peligroso y no haber posibilidad de sorprenderle. Había dejado la ametralladora en el coche y empuñaba una «Parabellum».

Aporreó la puerta. Una voz gangosa preguntó desde el interior:

—¿Quién es?

—Le traigo un mensaje de Abiyama. Es urgente.

Oyó descorrer un cerrojo y le fue franqueado el paso. Ante él, con gesto sorprendido, se hallaba un individuo, de unos cuarenta años, empuñando una «Browning». Hakano disparó y el hombre se desplomó sin un gemido.

Seguro de que la herida era mortal, Seigo se dirigió al vestíbulo, para llamar por teléfono a la Jefatura, y en ese instante algo chocó contra su hombro, mientras una detonación atronaba la estancia.

Cayó de rodillas, notando que un velo de sombras le cubría los ojos; pero aún tuvo ánimos para vaciar su cargador contra el que le atacaba.

Luego... ¡el suelo se alzó bruscamente hasta él!...

* * *

A la mañana siguiente, el Japan Times publicaba, en primera página, una escueta nota sobre la redada de la policía contra un grupo de indeseables.

«Tokio vivió anoche unas horas de incertidumbre. En todos los distritos de la ciudad se originaron frecuentes tiroteos para reducir a los enemigos de la seguridad nacional. Ha sido dominado un complot terrorista.»

CAPÍTULO XI

DOS meses después de tan trágicos sucesos, en el salón de recepciones de la Embajada norteamericana se celebraba el enlace de Seigo Hakano con Nagako Kuni. Les apadrinaba la esposa del coronel Forrest y Douglas Fiske.

La ceremonia, dentro de la más absoluta intimidad, revistió caracteres emocionales. Todos los miembros del Servicio de Información asociaban la figura del contrayente con la del más íntimo de sus amigos: Paul Fralinger, muerto en el cumplimiento de su deber.

Terminada la ceremonia de la boda, los escasos invitados pasaron al comedor.

Nagako Kuni sonreía feliz. A la hora de los brindis, Douglas Fiske se incorporó, diciendo:

—Por la felicidad de los contrayentes y en memoria de aquellos que han perecido, y que ahora, en espíritu, están a nuestro lado, alentándonos con su ejemplo y dándonos fuerzas para mejor servir a la patria.

Bebieron en silencio, puestos en pie. Hakano sintió en su garganta una extraña congoja. Por un segundo le pareció ver el rostro de Fralinger, que le sonreía con ternura. La voz del inspector le sacó de su abstracción:

—¿No te extraña no haber recibido aún mi regalo de bodas?

—No pensé en ello. Me basta con su amistad.

—De todas formas, no quiero que te falte. Lee esta carta que me han enviado desde Washington con la valija diplomática. En ella se te nombra inspector agregado al Estado Mayor. No necesitarás moverte de Estados Unidos. Tus conocimientos de Oriente te hacen insustituible. Perdona que te tutee, como cuando te conocí; pero te quiero igual que a un hijo...

Seigo estrechó en silencio la mano que le tendía aquel hombre bueno.

—¿Y su herida? Los médicos no juzgaban oportuno que se levantara tan pronto.

—¡Bah!... ¡Qué saben ellos! ¡Ah! Me olvidaba. El regalo material es para tu mujer.

El inspector colocó en el dedo anular de Nagako Kuni un brillante montado al aire.

Sonó una salva de aplausos. Hakano besó a su esposa con infinito cariño...

FIN

4.000 años de piratería



Fascinantes historias de los piratas Morgan, "el terrible", Avery, "el afortunado"...

Bandera negra, libertad y sangrientos abordajes.

Pero detrás de la leyenda, con su perfume de brisas tropicales, hubo algo más: unas causas políticas, unos códigos, unas consecuencias históricas

En estas páginas, junto a las aventuras apasionantes, encontrará usted todo lo que de la piratería generalmente se silencia.

MARABU ZAS

**PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO**





LA MUERTE ES UN BUEN NEGOCIO

por
BURTON HARE

Giré sobre mí mismo, logrando agarrar una de sus piernas. Se la retorcí de golpe y el pateo cesó. El fulano emitió un chillido de rata y trató de zafarse. Seguí retorciéndole el tobillo con la sana intención de hacérselo astillas, de manera que para evitarlo no le quedó más remedio que girar pesadamente y dejarse caer a un lado de la silla. El suelo tembló al recibir el impacto de su corpachón.

Siguió chillando. Supo que iba a romperle el pie y la idea le volvió loco.

Tuvo la suerte de recibir ayuda de sus compinches. Los tres me cayeron encima como bisontes enfurecidos y una lluvia de golpes me abatió. Solté el pie del gordo, intentando cubrirme del ataque, aunque no lo conseguí a pesar de mis esfuerzos. Los golpes caían sobre mí como disparos de mortero, demoledores, así que dejé de dar vueltas intentando devolver parte de aquella andanada.

Hay quien cree que...

...LA MUERTE
ES UN BUEN NEGOCIO

¡sin darse cuenta de que él puede ser la primera víctima!

LA MUERTE
ES UN BUEN NEGOCIO

próximo número de esta gran Colección

LOS GANGSTERS



ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador, cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

NIORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*

NOTAS

[1] El seppuku o happuku es vulgarmente conocido por hara-kiri.

[2] Gishi significa hombre de rectitud. El lema de los samurais «Chin, Jin, Yu», puede traducirse por «Sabiduría, Benevolencia y Valor».

[3] El Office Strategical Service, creado después de la Segunda Guerra Mundial, es hoy la Central Intelligence Agency.

[4] Diario Nacional.

[5] Instrumentos de cuerda parecidos a guitarras.

[6] El emperador recibe el poético nombre de mikado y el diplomático de kotei.

[7] Bebida que se obtiene mediante la fermentación del arroz.

[8] Instrumento musical de tres cuerdas.

[9] El autor se refiere, sin duda, a la gran sala de banquetes del Palacio Imperial. (N. del T.)

[10] Pequeño puñal.

[11] Acto de tomar el té.

[12] Los japoneses tienen la creencia de que el alma está encerrada en las entrañas. De ahí la práctica del hara-kiri o seppuku.